

Vr vida religiosa

ABRIL 2024 | N° 4 vol. 137



Viento de libertad

Ir a donde nadie llega

NOVEDADES



Hablando con...

HERIBERTO GARCÍA ARIAS

Confesiones de un sacerdote digital

GONZALO FERNÁNDEZ SANZ. Págs. 144. P.V.P.: 10 euros

El padre Heriberto García Arias es un sacerdote mexicano nacido en 1988. Actualmente cursa estudios de Comunicación Institucional en Roma. A raíz de la pandemia comenzó su trabajo evangelizador en las redes sociales. Hoy son millones los adolescentes y jóvenes que lo siguen en TikTok, Instagram, Facebook y YouTube. Su sueño es anunciar al Cristo de siempre con los medios de hoy.

Esta nueva colección quiere dar voz a hombres y mujeres no demasiado conocidos que están viviendo experiencias significativas en el campo de la evangelización.

LOS VOTOS EVANGÉLICOS

Memoria, relato, utopía

BONIFACIO FERNÁNDEZ. Págs. 184. P.V.P.: 12 euros

En los evangelios encontramos un proyecto de vida apasionante. Jesucristo aúna la condescendencia divina y la plenitud humana. Su estilo de vida ha inspirado y sigue inspirando una multitud de modelos de vida. La consagrada se caracteriza, entre otros rasgos, por la promesa y el compromiso de vivir los consejos evangélicos en forma de votos.

Un texto útil para la formación inicial y permanente, provisto de materiales y sugerencias para la personalización y el diálogo comunitario.



Juan Álvarez Mendizábal, 65, dupdo. 3º 28008 Madrid

Pedidos: Tlf. 915 401 267 publicaciones@publicacionesclaretianas.com

www.publicacionesclaretianas.com

CARTA DEL DIRECTOR

Gonzalo Fernández Sanz

DIRECTOR DE VIDA RELIGIOSA

HACER COMUNIDAD

Estamos en Pascua. El Resucitado restaura las convicciones quebradas y los lazos rotos. De la traición, la dispersión y el desencanto, los discípulos pasan a la amistad renovada, la unidad rehecha y la misión entusiasta.

La Semana Nacional para Institutos de Vida Consagrada ha puesto este año el acento en la comunión y la fraternidad como dos tareas todavía pendientes. Vistas las cosas por encima, pareciera que siempre estamos hablando de lo mismo. Puede que sea así. Las personas consagradas nos pasamos la vida dando vueltas a la consagración, la comunión y la misión, los tres núcleos en torno a los cuales pivota este particular estilo de vida cristiana.

Hace casi treinta años, en la exhortación *Vita consecrata*, san Juan Pablo II les puso nombres más eufónicos: *confessio Trinitatis*, *signum fraternitatis* y *servitium caritatis*. Como se nos recuerda en el artículo de la sección Reflexión, en torno a estos núcleos se han ido elaborando diferentes teologías de la vida consagrada.

El tiempo no pasa en balde. Tanto las personas como las comunidades y los contextos cambiamos. No vivimos del mismo modo la fraternidad religiosa a mediados de los años 90 del siglo pasado que en la actualidad.

Hoy, por lo general, las comunidades religiosas en Europa y América son más pequeñas, más envejecidas, más sobrecargadas, más interculturales y puede que hasta un poco más individualistas. Por eso, los consagrados necesitamos preguntarnos una y otra vez por qué vivimos juntos, cómo podemos mejorar la vivencia de la fraternidad y hacer de ella el primer signo evangelizador en un contexto en el que la gente se fía más de los hechos que de las palabras.

Es verdad que la comunión es ante todo un don que surge cuando compartimos la misma fe en Jesucristo, muerto y resucitado, cuando contamos “lo que hemos visto y oído” acerca de la Palabra de vida (cf. 1Jn 1,1-4). Pero también es verdad que el don, para dar fruto, debe convertirse en tarea cotidiana. De hecho, en la jerga de los consagrados, usamos a menudo la expresión

“hacer comunidad” para referimos al esfuerzo cotidiano por tejer lazos, cuidarnos unos a otros, orar, trabajar, sufrir y disfrutar juntos. A veces, sin embargo, usando las mismas palabras, no siempre queremos decir lo mismo.

Para algunos, hacer comunidad significa recuperar la observancia de ritmos de vida comunes en tiempos en los que la agenda personal prevalece sobre la comunitaria. Para otros, hacer comunidad pasa, sobre todo, por cualificar los tiempos de diálogo, oración y entretenimiento.

No faltan quienes insisten en la necesidad de la presencia física, tan devaluada en tiempos del distanciamiento social provocado por la pandemia. Es difícil ser hombres y mujeres fraternos sin estar en la comunidad. Más allá de las diversas sensibilidades y acentos, percibimos que, cuando se devalúa la comunión, la vida consagrada se desfigura y la misión pierde su mejor signo de credibilidad. En medio de nuestras inconsistencias y fragilidades, seguimos convencidos de que necesitamos “ser uno para que el mundo crea”.

Aunque las reglas y constituciones de nuestros institutos ofrecen orientaciones y normas muy prácticas para “hacer comunidad”, lo esencial es caer en la cuenta de que Jesús nos ha llamado a “estar con Él” y a “estar con otros”, que toda vocación es convocación para la misión de anunciar el Evangelio. Y que, por tanto, cualquier deriva egocéntrica e individualista diluye el sentido del seguimiento y de la misión, aunque nos asegure esa confortable privacidad que hoy tanto se valora en la sociedad del yo.

La Pascua nos recuerda que la alegría verdadera es fruto de la comunión que el Resucitado establece cuando se encuentra con los suyos y les devuelve la confianza de que juntos son más libres y felices. ¡Y, además, evangelizan mejor! Siempre estamos aprendiendo el arte de “hacer comunidad”. 

Nuestra portada

La primavera es un invierno derrotado, como la resurrección es una muerte vencida. La vida consagrada es un canto permanente al Cristo que vence el pecado y su cohorte de efectos colaterales: egoísmo, orgullo, frustración y tristeza. Donde nos adherimos al Cristo muerto y resucitado, allí brotan siempre la vida, el amor y la alegría, aunque a menudo creamos que el invierno de nuestras fragilidades es más fuerte que la primavera del Espíritu.





4

Historias menudas
Mariano José Sedano

5

«Nos sabemos hijas de la Resurrección y nuestro canto es Aleluya»
Carlos González



10

Senderos sinodales
Jolanta Kafka

11

Teologías de la vida consagrada después del Vaticano II
Maurizio Bevilacqua

20

Hablando en dialecto
Dolores Aleixandre

21

Retiro: Viento de libertad
Juan Carlos Martos



29

Algo está brotando
Miguel Márquez

30

Entrevista: Lourdes Perramon
Ignacio Virgillito

36

El altavoz
Silvia Rozas

37

Teología de la vida consagrada
Ricardo Volo

40

Institutos de vida consagrada
M. Rosa Chao Ochoa

43

El desafío de la inteligencia artificial
Juan de Dios Carretero

47

Desde Oriente
Paulson Veliyannoor

48

Lectura recomendada
Ruth Guerrero



Edita: Misioneros Hijos del Corazón de María (Claretianos).

Director: Gonzalo Fernández Sanz.

Subdirector: Pedro M. Sarmiento.

Consejo de Redacción: Antonio Bellella, Luis A. Gonzalo Díez, Antonio S. Orantos, Samuel Sueiro, José Cristo Rey García Paredes, Anthony Igbokwe, Ignacio Virgillito, María Piedad Amigo, Lourdes Perramon.

Dépósito Legal: M2.5821.958 ISSN: 02119749

Maquetación y diseño: Verónica Navarro, M^a Ángeles González, Araceli López-Pastor, Pedro M. Sarmiento.

Foto de portada: Pixabay. Imprime: Din Impresores.

Dirección: Buen Suceso, 22. 28008 Madrid

www.vidareligiosa.es

Redacción: Tel.: 915 401 262 WhatsApp: +34 676 25 67 05

email: secretaria@vidareligiosa.es

Suscripciones: Tel.: 915 401 238

email: suscripciones@vidareligiosa.es

Precios: España y Unión Europea: 65 euros (IVA incluido).

Canadá, USA, Puerto Rico y Japón: 95 euros ó 103\$ USD.

Otras naciones: 68 euros ó 73\$ USD.

Números sueltos: 4 euros ó 4,50 \$ USD + gastos de envío.

HISTORIAS MENUDAS



Hurto, mentira y muerte

Mariano Sedano

MISIONERO CLARETIANO (SAN PETERSBURGO, RUSIA)

No sabemos nada de él. Ni cómo se llamaba, ni de dónde venía. Sintió la llamada a entregarse a Dios en el Monasterio Blanco de Atripe, en el curso medio del Nilo, no lejos de Luxor. Allí vivía un ejército de más de 2000 monjes. Shenute, su abad, lo había transformado en un faro de luz que impresionaba a todos. Shenute era una personalidad poliédrica extraordinaria, de aristas cortantes. Hombre culto que conocía el griego, pero despreciaba la cultura. Acompaña a Cirilo y después a su sobrino Dióscoro a los Concilios de Éfeso y Calcedonia.

En Éfeso –según cuentan– Shenute lanzó un Evangelionario a Nestorio en un arrebato de ira. Es verosímil, porque era alto y robusto, pese a los ayunos rigurosos que practicaba e imponía a todos. Y, además, un fanático de la disciplina monástica, que reforzó con normas cada vez más duras. Curiosamente, era respetado, temido y hasta amado por todos. La gente sencilla más que nadie, porque los defendía ante los poderosos que los explotaban. Shenute abrió el monasterio para que sábados y domingos todos participasen en la liturgia. Y en tiempos de calamidades, hambrunas o invasiones, puertas y despensas del Monasterio Blanco estaban abiertas a los pobres.

No he venido a hablar de Shenute, de sobra conocido. ¡Menudo abad! Quería contaros la triste historia de un desconocido sin nombre, pero real. Uno de los que vivían en el Monasterio Blanco. Como todos, había hecho la promesa de obediencia introducida por Shenute: “Juro delante de Dios: No quiero manchar mi cuerpo, no quiero robar, no quiero mentir, no quiero obrar el mal secretamente. Si no cumplo lo que he jurado, no quiero entrar en el Reino de los cielos, pues comprendo que Dios destruirá mi alma y mi cuerpo en la gehena del fuego”.

Un día aciago, este monje sin nombre quebrantó a escondidas todo lo que había jurado solemnemente ante Dios. Quizá le entró hambre y robó algo de la despensa, ¡vete tú a saber! Además, mintió cuando lo descubrieron. Lo llevaron ante Shenute. Mientras escuchaba lo sucedido, su ira se encendía más y más. Asió el bastón abacial con ambas manos y golpeó una y otra vez la cabeza del monje, que se desplomó, bañado en sangre, entre espasmos de muerte. ¿Ladrón, mentiroso y perjuro? Y mártir del fanatismo. Seguro que a estas alturas, ya sabéis quién fue canonizado y quién no. ¡Menuda historia!, ¿eh? **VR**

EXPERIENCIAS



Hermanas Agustinas del Monasterio de la Conversión

«Nos sabemos hijas de la Resurrección y nuestro canto es Aleluya»

Quien se entrega por completo al llagado y se deja doler por su llanto, corre el riesgo de no volver entero. Pero cuando se derrama la vida por amor, ni la ausencia, ni el tiempo, ni el dolor son nada. Porque, si hay fe, el abrazo no termina en dos miradas que se donan la piel; porque, a la intemperie, cuando el barro sagrado quema los pies de quien tiembla, solo quedan la fe, el corazón y el Cáliz por entero derramado.

Carlos González García
PERIODISTA Y ESCRITOR

La vida late a borbotones en un rincón escondido de Sotillo de la Adrada, un municipio abulense ubicado en la comarca del valle del Tiétar. Allí, entre montañas de bruma y sol, plegarias almadadas y miradas con nombre de Dios, habita el Monasterio de la Conversión, de las Hermanas Agustinas. Una comunidad que vive una clausura distinta y abierta al mundo, de la mano de los laicos, edificada bajo el velo de la compasión. Cuarenta hermanas de distintas edades, culturas, idiomas, profesiones, historias y contextos, prendidas a un solo corazón, el de Cristo: una pincelada de ternura que les permite acoger y salir a evangelizar, hasta aprender a ver a Dios en el rostro renacido del hermano.

Sensibles al Amor

“Todo está cumplido”. Así reza el costado de la cruz que preside el oratorio del convento, al latir de un Cristo que, matizado a mano, rezuma cuidado, quietud y delicadeza. Él, que hace nuevas todas las cosas, solo guarda un deseo: que sean sensibles al amor de quien les mira.

El título de “conversión” proviene de san Agustín, un espíritu inquieto y enardecido que durante toda su vida buscó unir cada una de las piezas del corazón de Dios. Y así caminan ellas, poniendo en remojo el alma de quien se lo entrega, rozando mil heridas con los dedos, tiñendo de sensibilidad cada tímido otoño que se pierde en las costuras de su hogar.

«Queremos ser instrumento de esta vuelta a Dios»

Hay ojos que relucen a base de ofrendas y, ante ellos, poco podemos hacer, salvo mirarlos y quedarnos para siempre en su mar. La hermana Clara Sánchez-Runde no tarda

en llegar. Sonríe con piedad, sin apenas hacer ruido que duela, y en sus manos trae un mensaje de parte de Dios: cada instante tiene un sentido, un incalculable valor, un precioso compromiso.

Su mirar es distinto, como su hábito tímidamente nevado (en honor a las hermanas que están en regiones de misión y merced a su contemplar resucitado), y su sonrisa despierta la alegría de vivir. “La historia de la vocación de cada hermana es única, es la manifestación del amor preferencial que Dios nos tiene”, confiesa la religiosa de 30 años nacida en Barcelona. Su palabra deja entrever que no conciben los monasterios como lugares cerrados y solo para quienes viven adentro, sino que ahí pueden sanar las heridas del hombre y la mujer de hoy. “Ninguna ha nacido monja agustina, pero todas hemos descubierto en este carisma la expresión más completa de nuestro ser”, reconoce, para después mostrarme el tesoro que custodian sus manos: “Compasión y misericordia conducen a la reconciliación y trazan el camino a la comunión”, y “nosotras queremos ser instrumento de esta vuelta a Dios porque en Él podemos ser uno con todos”.

La Iglesia es madre que acoge, acompaña y escucha. Y ellas siguen la estela de ese mandamiento agustiniano: *Cor unum et anima una in Deum*. Una sola alma y un solo corazón hacia Dios, revelando que el fin del hombre es amar y ser amado por Él, en compañía y con la ayuda de los hermanos. Y no solo lo llevan grabado en sus miradas, sino también en la cruz que configura su pecho abierto y donde se sienten plenamente a salvo. Porque la comunión “no se improvisa”, apunta la consagrada, señalando con la mirada el camino de

“maduración y crecimiento humano y espiritual, de una conversión continua, de un diálogo, de saber pedir y dar el perdón”.

«La voz del Padre suena en lo más íntimo del corazón»

La experiencia de la fe es una experiencia de compasión, que te libera y te enseña a vivir. Y este camino de vuelta a Dios lo propician fundamentalmente a través de la acogida a todo aquel que se acerque a su monasterio. “Nos apostamos en medio del sendero de la vida para salir al encuentro del hombre que no vendría nunca a nuestra casa en busca de respuestas”, cuenta la hermana Erika Mezosi, natural de Hungría. A sus 52 años, y 17 de ellos entregados a la vida religiosa, entona con claridad la melodía que nace del Padre: “La voz de Dios suena en la Palabra proclamada que cada día meditamos y compartimos; suena en el compartir de la vida, a través de la hermana y de los hermanos que entran en contacto con nosotras”. Asimismo, deja entrever la Palabra en los acontecimientos de su vida y del mundo que contemplan y que aprenden, cada día, a acompañar. “Suena en lo más íntimo del corazón”, asiente agradecida, mientras posa su recuerdo en el calor de tantos años de tacto sincero, dócil y amoroso.

Durante todo el año, el monasterio ofrece itinerarios de interioridad, de trabajo ecuménico y de diálogo fraterno para grupos de todas las edades. También trabajan en el Camino de Santiago, ofreciendo una acogida cristiana en un albergue parroquial.

Llamadas a dar todo lo contemplado y recibido

“La vida cotidiana en el monasterio es una gran escuela para vivir

la comunión a la que hemos sido llamadas, un continuo ensayo”, perfecciona la hermana Jadzia Karczewska, oriunda de Polonia, consciente de que su vivir –tras 8 años como religiosa– es una preciosa sinfonía... “El Evangelio se convierte en nuestro afinador, nos pone en verdad ante el Señor, ante los demás y ante nosotras mismas. Juntas compartimos el deseo de cantar eternamente las alabanzas del Señor siguiendo a Cristo”.

Conversión. Esa es la clave. Por eso, su nombre y su convento guardan ese mismo detalle, siendo una presencia agustiniana desde la fraternidad apostólica. Son hijas de su tiempo, una comunidad joven que responde con apertura y ligereza al Espíritu y que tiene algo muy claro: “Toda vida consagrada, por el mero hecho de existir, es don para la Iglesia y para el mundo”. Entonces, ¿cómo lleváis a cabo vuestra llamada mendicante, fraterna y comunitaria?, le pregunto, de nuevo, a la consagrada polaca. Y su sentir, colmado de serenidad y gratitud, lo inunda todo: “Para explicar bien nuestra vida nos gusta usar la imagen de un brote nuevo que nace de un tronco añejo. Pertenece a la Orden de San Agustín, que nace como orden mendicante, junto a los franciscanos y dominicos, con la peculiaridad de custodiar el legado espiritual de san Agustín. Nos sentimos hijas de esta larga tradición; nuestra vida está basada en la liturgia, la oración, el estudio y la vida fraterna. Finalmente, nos sentimos llamadas a dar todo lo contemplado y recibido a aquellos que, como nosotras, buscan a Dios”.

Decía san Agustín que “nadie debe estar tan embebido en las cosas de Dios que se olvide de los hombres, sus hermanos. Ni tan inmerso en las cosas de los hombres que se

olvide de las cosas de Dios. Porque el amor de la verdad requiere un ocio santo y la necesidad del amor exige un trabajo justo...". Se lo recuerdo a las tres, mientras paseamos por el vergel de cada una de estas palabras. Allí, el aire que se contempla es testigo de viejas y nuevas cicatrices. Por eso, revelan su amor con cuidado, para no desdeñarse de la Verdad que les seduce...

Un amor «entre el fuego y el agua»

“Caminar entre el fuego y el agua forma parte de nuestro carisma”, confiesa Clara, a lo que Erika responde que no comprenden su existencia contemplativa “sin estar en una continua relación con Cristo”, pero sin olvidarse del mundo “que tanto sufre” y “en el que Dios nos espera”.

Por eso, no viven de cualquier manera, y lo reafirma la religiosa polaca: “Vivimos una contemplación herida por el mal, por el dolor, por las injusticias sociales, por el grito del inocente y del verdugo, que nos lleva a desinstalarnos y a anunciar el Evangelio”.

Jesús nos enseñó que el Amor solo se puede pagar con amor. Se lo recuerdo, y ellas reducen su obrar a la acogida, que es “un pilar fundamental de nuestro carisma”, tal y como reconoce la hermana Clara. “Solo porque primero nos hemos acogido las unas a las otras y porque nosotras mismas habíamos sido acogidas en comunidad, puede nuestra comunión ser signo para su camino, para su vuelta a Dios, para su conversión”, afirma, dejando volar su alma regalada y volviendo al regazo del



Padre: “Intentamos que nuestras casas sean un espacio donde se pueda contemplar la Belleza”.

«Desearíamos dar y amar más, siempre mucho más»

Cada uno de los rincones del monasterio destila esperanza por las cosas pequeñas y por cada uno de los encuentros que allí acontecen. “El que ama a alguien no sabe de cálculos ni medidas humanas”, admite Erika, y “cuando amamos, todo lo que podemos dar nos parece siempre pobre e insuficiente”. Palabras que, enseguida, perfecciona Jadzia: “Desearíamos dar y amar más, siempre mucho más”. De este exceso de amor, siempre incalculable y rebosante, “nacen nuestro asombro y gratitud, que nos lanzan a la entrega radical por Aquel que ha dado su vida por nosotros, por ti y por mí”, continúa, “y cuando se tiene esta experiencia tan arrolladora, firme y cierta, no cabe regatear con el Señor, sino darse por completo”.

Un misterio que se puede, incluso, tocar. Porque Dios se ha hecho carne, y desea entrar por nuestras grietas para mirarnos como mira una madre mientras su hijo duerme... “La experiencia nos muestra que cada acontecimiento, incluso los más dolorosos y oscuros, por gracia, se pueden convertir en espacios de sanación y salvación”, confiesa Clara. “¡Cuántas veces la herida ha sido la brecha por la que el Señor ha irrumpido en nuestras vidas! Y de esta salvación recibida ha brotado nuestra misión”.

El sacrificio del Cristo total

Conocer a las Hermanas Agustinas del Monasterio de la Conversión supone redescubrir que no hay nada fuera de Dios y que la respuesta está en nosotros, en el silencio de la

verdad, en nuestro escondite sagrado. Transitando por sus vidas, uno aprende que la esperanza no es esa que el mundo aconseja; es el claro entre la tormenta, la luz del pasillo oscuro y el suspiro leve que rompe la ansiedad. Y no es necesario remover la arena del pasado o sombrear los recuerdos con las manos. Basta con amar y con creer hasta escuchar la última ola, porque no va a romperse el pecho si no es de amor, en el recuerdo de lo amado. Y ahí, asegura la hermana Jadzia, “el amor de Dios nos precede”.

Entonces, toma la palabra Clara y se empeña -con suma ternura y con los ojos cerrados- en que salgamos de ese escondite fabricado con silencios: “Al verdadero amor solo se puede responder con amor; el saberse profunda e incondicionalmente amada es un impulso casi natural para corresponder a este gran don, siempre desde lo pequeño e imperfecto de nuestras vidas, pero con el deseo profundo de caminar por el camino de la santidad”.

Como el niño, ningún corazón despierta al amor sin haber sido amado. Y el mirar de todas estas hermanas se reduce a una única ofrenda, la de toda la Iglesia, el sacrificio del Cristo total. “La vivimos en la Eucaristía cada día y de un modo muy especial en la celebración del Misterio Pascual”, resuena desde una ventana del hogar, mientras dos hermanas caminan sin dejarse de mirar hacia algún horizonte, haciéndome testigo de un amor tan sublime que permanecerá indeleble en mi corazón: “Nos sabemos hijas de la Resurrección y nuestro canto es *Aleluya*”. 

SENDEROS SINODALES



La alegría pascual, ¡la verdadera!

Jolanta Kafka

MISIONERA CLARETIANA (REUS, ESPAÑA)

Cómo te llamas? –preguntó el enfermero.

- Alicia.

- ¡Qué bonito nombre! –exclamó.

- ¿Sabes qué significa? –preguntó la hermana.

- No.

- Significa alegría; alegría verdadera, ¿eh?, ¡no cualquiera! –dijo con toda la fuerza que le quedaba en su cansado pecho.

Tal vez esta era la última conversación de Alicia, unas pocas horas antes de ir al encuentro con Aquel que es la alegría verdadera. Noventa años y pico, viviendo el momento del tránsito con lucidez y sin perder el sentido de la alegría. Cuando me lo contó quien estaba a su lado, me impresionó, pero me vino como luz para poner unas letras sobre la alegría sinodal.

De hecho, una de las notas características de la celebración de la primera sesión del Sínodo en octubre de 2023 fue la alegría. Lo refleja la Síntesis en varios puntos. Con realismo y honestidad se habla de “momentos” de alegría entretejidos con momentos de fatiga (1a). Se la reconoce como fruto de las conversaciones en el Espíritu, de la transformación y la gratitud (2d; 20a). Una alegría que es signo del Evangelio y del Espíritu Santo, que evoca el gozo de la salvación (4h) entregada en Jesús a todos los pueblos, razas, lenguas y naciones, sin excepción (5a). Quienes participamos en la sesión de octubre

somos testigos de este clima gozoso. Sin embargo, siguiendo la lectura del documento de Síntesis, encontramos en él que la mayor alegría compartida y destacada, la que da sentido a todo el proceso sinodal, es experimentar de nuevo, como pueblo de Dios, “la dulce y confortante alegría de evangelizar” (8b. 18a).

El documento repite esta expresión dos veces. Nos recuerda que todos los creyentes estamos invitados a redescubrir la misión como alegre mandato jamás acabado, a ser testigos de su luz con las manos, la boca, los gestos y las palabras. Sitúa a todos los discípulos de Jesús en “modo misión”, porque toda la Iglesia no solo tiene una misión, sino que es misión (8). Independientemente de la edad, de la actividad, de la salud y la preparación, participamos en ella; este programa de vida es siempre actual. La vida consagrada, con sus carismas, con alegría, “sostiene, orienta e ilumina esta misión” (10a).

La alegría de esta consigna brota del encuentro con Cristo Jesús resucitado. Él abre nuestros sepulcros, nos saca del aislamiento, llena de sentido las noches del dolor. Y nos envía ya no solo a anunciarlo, sino a marcar los caminos para la marcha de la Iglesia (cf. EG 1).

Ahí estamos, ahí caminamos juntos. Hasta el final de la vida, con la verdadera alegría.



Teologías de la vida consagrada después del Vaticano II¹

La vida consagrada es, ante todo, vida. Solo después de vivir llega el momento interpretativo. Buscar la inteligibilidad de la experiencia vivida es lo propio de la teología. El artículo repasa sumariamente las principales teologías (en plural) de la vida consagrada que han estado vigentes en los años posconciliares con objeto de comprender mejor el momento actual y las tareas pendientes.

Maurizio Bevilacqua, CMF

DIRECTOR DEL ITVC - CLARETIANUM (ROMA)

Durante muchos siglos la reflexión teológica ha interpretado la forma de vida de los religiosos y religiosas según el planteamiento dado por Tomás de Aquino en el siglo XIII, centrado en la virtud de la religión; es decir, interpretándola como una condición en la que se rinde culto a Dios ofreciéndole todo mediante un voto: los propios bienes (pobreza), el propio cuerpo (castidad), la propia voluntad (obediencia).

El concilio Vaticano II inició un proceso de renovación de los institutos de vida consagrada al que siguió inmediatamente una gran producción editorial. La reflexión teológica se vio muy influida por lo que estaba ocurriendo. Las propuestas comenzaron rápidamente a diversificarse.

Una de las cuestiones que plantearon inmediatamente varios autores se refería a la posibilidad misma de elaborar una teología de la vida consagrada. El Concilio había constatado que en la Iglesia se había desarrollado una “maravillosa variedad de comunidades religiosas” (PC 1). Uno se preguntaba, por tanto, si no era necesario renunciar a la idea de elaborar una reflexión unitaria y tratar por separado la vida monástica, la vida apostólica, los institutos seculares...



Tras el Concilio, la consagración se entiende como “unción” y envío al mundo

El camino de la vida consagrada en los años posteriores al Concilio estuvo marcado también por la pu-

blicación de numerosos documentos del Magisterio. Por su número y calidad, es muy difícil encontrar algo similar antes de esta época. Los años noventa del siglo XX, caracterizados por la IX asamblea del Sínodo de los Obispos (1994), presentaron algunos primeros intentos de sintetizar el camino recorrido hasta entonces. A esta intención respondía la publicación del *Diccionario Teológico de la Vida Consagrada*². A principios de la década, la religiosa austriaca sor Annelise Herzig dividió en cuatro grandes grupos las diferentes propuestas de interpretación teológica aparecidas tras el concilio Vaticano II. En su opinión:

- Varios autores habían centrado su estudio en el fundamento cristológico de la vida religiosa, investigando sobre todo la especificidad de esta vocación en el seguimiento del Señor.
- Una segunda gran área de investigación teológica se había ocupado sobre todo de la dimensión eclesial. Aquí la cuestión fundamental era el papel de esta vocación en la comunidad cristiana.
- La relación de los religiosos con el mundo y su presencia en la sociedad constituyeron un tercer núcleo de la teología postconciliar.
- La cuarta área consistió en un estudio en profundidad de los diferentes tipos de vida consagrada, con investigaciones centradas en la especificidad y el carisma de cada instituto.

Evidentemente, las divisiones no son rígidas y un mismo trabajo o un mismo autor pueden moverse en varios ámbitos.

Conviene recordar también algunos aspectos destacados en esa misma época por el carmelita italiano Bruno Secondin: en primer lu-

gar, una cierta fragmentación en la investigación, con diversas propuestas, pero sin un consenso en torno a un concepto teológico, y luego una creciente “regionalización”, no solo de la forma de vivir la vida consagrada, sino también de su reflexión teológica.

La regionalización

Como ha ocurrido en toda la teología, pero quizá aún más en este campo, las propuestas han variado mucho según los contextos sociales y eclesiales.

En el período posterior al Concilio, en América Latina hubo una intensa reflexión sobre la vida religiosa. La propia Conferencia de Religiosos (CLAR) promovió la publicación de una serie de textos breves que se inició en 1967 con la colaboración de diversos teólogos.

En esta extensa producción destacan algunos rasgos característicos: la consagración entendida como “unción” y envío al mundo, la fraternidad que se abre al pueblo con el que los religiosos viven su experiencia de fe y su apostolado, la presencia crítica en la sociedad y la profecía, la inserción en el mundo de los pobres.

”

El seguimiento radical nace de la experiencia del absoluto de Dios y sitúa al religioso en el mundo

En los contextos norteamericano y anglosajón, el compromiso (*commit-*



ment) de los religiosos desempeña a menudo un papel decisivo y, en consecuencia, el tema de los votos. El enfoque es captar el sentido de esta vocación en la sociedad actual.

En Asia, con muchas diferencias de un país a otro, existen sin embargo algunas convergencias. La Iglesia asiática, con su pastoral, pero también con la teología que expresa, ha hecho una clara opción por un diálogo de vida (*dialogue of life*) con los pobres y con las grandes tradiciones religiosas del continente. La fe en Cristo debe llevar a discernir “qué recibir de estas tradiciones religiosas y qué hay que purificar en ellas, sanar y llevar a plenitud, a la luz de la Palabra de Dios” (FABC, *Evangelisation in Modern Day Asia*, 17).

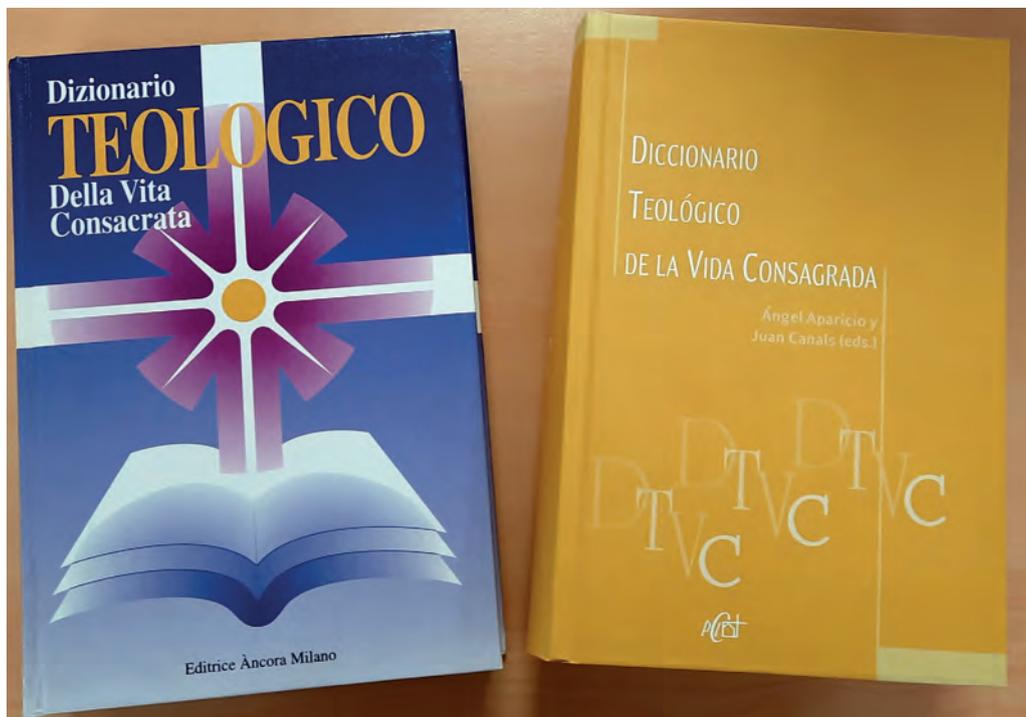
En África, la reflexión teológica se mueve inicialmente sobre todo en la línea de la inculturación. No es la única perspectiva seguida por la teología africana en general, pero

el estudio de la vida religiosa se ha centrado mucho en este tema. Hay un elemento de especial interés, solo insinuado por Engelbert Mveng y recientemente un poco desarrollado por Benjamin Sombel Sarr. Se preguntan no solo cómo introducir los valores de la vida consagrada en la cultura africana, sino también cómo confrontar la vida consagrada cristiana con las formas africanas tradicionales de “vida consagrada” institucionalizada y las espiritualidades de las que son portadoras.

Los grandes temas inspiradores

La consagración

Las obras de teología de la vida religiosa publicadas inmediatamente después del Concilio están muy atentas al dato magisterial y tratan de ofrecer una visión sistemática, superando el enfoque predominantemente jurídico o meramente ascéti-



co que había caracterizado la época anterior. En algunas de ellas, el concepto de “consagración” comienza a desempeñar un papel decisivo. Aquí hay que recordar, sin duda, las investigaciones del claretiano español Severino María Alonso. Esta línea que, aunque con diferentes perspectivas, siguen diversos autores (Joseph Aubry, Laurent Boisvert, Arnaldo Pigna, por citar sólo algunos), encontrará confirmación y también un gran impulso tanto por el hecho de que la expresión “vida consagrada” será utilizada en el Código de Derecho Canónico, como, sobre todo, porque la consagración será un concepto clave en el Sínodo de 1994 y en la posterior exhortación apostólica de Juan Pablo II.

La “consagración mediante los consejos evangélicos” sigue siendo, sin embargo, una cuestión ampliamente debatida y no unívocamente interpretada, sobre todo con relación a la consagración bautismal. Junto a ella, y complementándola, está la consagración como “unción del Espíritu”, que se refiere a la dimensión profética, de la que hablaremos más adelante.

El seguimiento radical de Cristo

Una perspectiva clásica de interpretación de la vida religiosa es la del seguimiento del Señor. Sin embargo, algunos autores la han renovado profundamente.

El dominico canadiense Jean-Marie Roger Tillard se refiere a un seguimiento radical que nace de la experiencia del absoluto de Dios y sitúa al religioso en la Iglesia y en el mundo como signo profético y escatológico y como instrumento para la misión.

El concepto de seguimiento está igualmente presente en la reflexión del alemán Johann Baptist Metz, uno

de los pocos teólogos que trató el tema sin ser él mismo religioso. Los consejos evangélicos se entienden como un ejercicio de seguimiento de Jesús; la presencia de los religiosos en la Iglesia se entiende entonces como una llamada a la esperanza en una perspectiva apocalíptica.

Un aspecto importante de la renovación se encuentra también en la obra de Juan Manuel Lozano: la necesidad de partir del hecho histórico. Su libro sobre el tema es también emblemático de una nueva era de intercambios entre naciones y continentes: escrito en italiano por un teólogo español, circuló principalmente en los Estados Unidos de América en traducción inglesa.



No hay profecía sin Espíritu, tampoco hay profecía sin un pueblo al que se es enviado

La profecía

El tema de la profecía aparece con fuerza en varios autores. El franciscano polaco-canadiense Thaddée Matura, profundizando el seguimiento cristiano que se pide a todo discípulo, entiende la vida religiosa como testimonio profético a través de los tres polos en que se estructura: evangelio, comunidad y misión.

El carmelita italiano Bruno Secondin y el claretiano español José Cristo Rey García Paredes abren en este terreno amplias perspectivas. Para Secondin, la inspiración bíblica de la vida religiosa debe abrirse

a una perspectiva pneumatológica –porque no hay profecía sin Espíritu- y al mismo tiempo a una perspectiva eclesial e histórico-popular, porque tampoco hay profecía sin un pueblo al que se es enviado. García Paredes sitúa en el centro la acción del Espíritu que implica al pueblo en su misión, llamándolo a colaborar con su obra, a ser su “cómplice”. La *missio*, en efecto, no es obra del hombre, sino la acción de Dios, que hace nacer la Iglesia, permaneciendo siempre más amplia que ella.



Los llamados a la virginidad pueden encontrar en algunos matrimonios un signo claro de fidelidad

Los estados de vida

La relación de la vida consagrada con las otras vocaciones es un tema que ha tocado la experiencia y la teología en las últimas décadas. La valorización del apostolado de los laicos y de la espiritualidad familiar, preconizada por el Concilio, el camino eclesial marcado por las Asambleas del Sínodo de los Obispos, pero también la reducción y la reorganización de las obras de los religiosos, que acompañan la disminución de su número en el mundo occidental, son elementos que contribuyen a centrar la atención sobre el tema de la misión y de la vida compartidas. La reflexión no es sólo práctica y organizativa. También se plantea en el plano teológico, y ello recuerda el tema de la relación entre estados o formas de vida.

Los estados de vida del cristiano fueron objeto de un estudio particular por parte del gran teólogo suizo Hans Urs von Balthasar. En su planteamiento, el elemento determinante de la vida consagrada es específicamente la profesión de los consejos evangélicos, aspecto compartido por las distintas realidades que se reconocen en ella, incluidos los institutos seculares –a los que von Balthasar estaba particularmente vinculado- y hoy también muchas nuevas formas de vida evangélica. José Cristo Rey García Paredes, por su parte, dedica una obra muy amplia a la teología de las formas de vida cristianas³, evitando abiertamente hablar de “estados de vida” y ofreciendo un amplio espacio para que la historia de la teología profundice en sus fundamentos cristológicos y pneumatológicos.

Algunos aspectos del magisterio del papa Francisco pueden ayudar mucho a comprender el tema de manera dinámica. Las diferentes condiciones de vida expresan polaridades que afectan a todos y que todos necesitan. Un pasaje de la exhortación apostólica sobre el amor en la familia lo expresa bien: “La virginidad tiene el valor simbólico del amor que no necesita poseer al otro, y refleja así la libertad del Reino de los Cielos. Es una invitación a los esposos para que vivan su amor conyugal en la perspectiva del amor definitivo a Cristo, como un camino común hacia la plenitud del Reino. A su vez, el amor de los esposos tiene otros valores simbólicos... Quienes han sido llamados a la virginidad pueden encontrar en algunos matrimonios un signo claro de la generosa e inquebrantable fidelidad de Dios a su Alianza, que estimule sus corazones a una dispo-

nibilidad más concreta y oblativa” (*Amoris laetitia*, nn. 161.162).

Formas de vida consagrada

A pesar de las dudas iniciales, la reflexión teológica ha seguido reflexionando sobre la vida consagrada contemplando el conjunto de sus diversas expresiones, pero también ha estado muy atenta a su complejidad.

Si han sido numerosos los estudios sobre la teología de la vida consagrada en general, más numerosos aún han sido los dedicados a las distintas formas de vida y, sobre todo, a los carismas de muchos institutos.

La vida monástica tiene su propia tradición consolidada y sus propios cauces de estudio. A este respecto, basta pensar en las aportaciones de las diversas revistas publicadas por los monasterios o las federaciones monásticas.

Con más esfuerzo, se abrió un camino de reflexión sobre la teología de la vida religiosa apostólica, aunque esta forma fuera mayoritaria entre los religiosos. Era necesario definir la espiritualidad de la acción apostólica, ir literalmente “en su búsqueda”, como decía el salesiano Mario Midali, a quien debemos importantes aportaciones en este sentido.

Otro aspecto que requería un estudio especial era la experiencia de los institutos seculares, ya que su sola presencia en la Iglesia había trastornado el planteamiento secular de entender la consagración como opuesta a la secularidad. La aparición en la segunda mitad del siglo XX de nuevas formas de vida evangélica complicaría aún más el panorama, presentando familias espirituales en las que coexisten el celibato por el Reino y formas de consagración en el matrimonio.

Otro aspecto que se ha ido perfilando a lo largo del tiempo, y que es abordado con diferentes enfoques por los mismos autores, es la especificidad de la vida consagrada femenina.

Los carismas de los fundadores

Más aún que el estudio de las diversas formas de vida consagrada, en los años que siguieron al concilio Vaticano II ha aumentado considerablemente el estudio teológico del carisma de los fundadores y de los institutos, sobre todo desde que Pablo VI utilizó explícitamente la expresión en la exhortación apostólica *Evangelica testificatio* (n. 11).

Muchas familias religiosas, sobre todo en los años de la renovación de las Constituciones, intensificaron sus estudios y, en algunos casos, los iniciaron por primera vez.



Una teología de los carismas solo es posible a partir de un estudio histórico riguroso

Es imposible llevar siquiera una “contabilidad” aproximada de esta gran cantidad de estudios históricos y teológicos que produjeron también cambios notables en la vida de las familias religiosas. Un indicio importante, sin embargo, se encuentra ya en la yuxtaposición de estos dos adjetivos. Una teología de los carismas solo es posible a partir de un estudio histórico riguroso.

Por otra parte, los numerosos estudios específicos fueron acompañados y favorecidos por una reflexión



de conjunto sobre el significado del carisma de los fundadores y de los institutos, que contó con la contribución de diversos autores, entre los que cabe mencionar sin duda la aportación de Fabio Ciardi.

”

La particular experiencia de Dios es siempre una particular experiencia de encuentro y servicio

Los últimos años

El Cónclave de 2013 devolvió a un religioso a la Cátedra de Pedro después de 167 años. El pontificado de Francisco también está pidiendo a la vida consagrada un fuerte replan-

teamiento y conversión pastoral: “Los religiosos deben ser hombres y mujeres capaces de despertar al mundo”.

El Año de la Vida Consagrada (29 de noviembre de 2014 –2 de febrero de 2016)- fue una oportunidad para repensar la vocación y misión de los consagrados y consagradas. No parece, sin embargo, que la reflexión teológica se haya beneficiado de él de manera significativa, y siguen coexistiendo visiones muy diferentes. Así lo han puesto claramente de manifiesto también los diversos encuentros de profundización organizados en 2018 por el Dicasterio sobre el tema de la consagración religiosa.

Es evidente que siguen abiertas algunas cuestiones fundamentales sobre el sentido y la finalidad mismos de la teología de la vida consagrada. Pueden parecer cuestiones de interés exclusivo de los “iniciados”,

pero quizá no sea sólo eso. Se corre el riesgo de perder el sentido de la reflexión y su enfoque teológico. En la legítima y necesaria variedad de aproximaciones al tema, pensamos que el núcleo debe buscarse en una particular experiencia de Dios, que para un cristiano es siempre también una particular experiencia de encuentro y de servicio al prójimo.

Todavía hoy hay que reiterar lo que dijo Bruno Secondin después del Sínodo de 1994 sobre la falta de consenso, según el cual se puede interpretar la vida consagrada. Esto, sin embargo, no es en sí mismo un aspecto negativo. Más bien parece ser una cuestión inherente a la naturaleza misma de la vida consagrada, a la que no se pueden poner límites demasiado definidos.

Bien entendido, es un estímulo para buscar siempre nuevos caminos. Es un impulso hacia adelante que puede ayudarnos también a superar la tentación moderna de reducir la vida consagrada a los servicios que realiza y de darle una interpretación meramente funcionalista. Se trata de un riesgo muy real hoy en día, al que muchos institutos corren el peligro de sucumbir persiguiendo una relevancia social en un momento en que la sociedad, al menos en Europa, ya no parece reconocer una vida significativa para los religiosos. A lo largo de su historia milenaria, sin embargo, la vida consagrada no ha pretendido ser un centro de prestación de servicios –aunque ha realizado muchos–, sino una experiencia de fe y fraternidad en el Señor. Por eso:

“La vida consagrada necesita que se le reconozca un estatuto abierto que le permita una creatividad continua, una audacia responsable y profética entre nuestros contemporáneos, un papel de gratuidad e in-

cluso de derroche (como el aceite del más puro nardo: cf. Mt 26, 6-9), y que nunca se la considere una reserva de fuerzas para los problemas ordinarios. Pero la vida según los consejos evangélicos necesita también sentir que su *indefinibilidad* como figura eclesial es una provocación a buscar siempre más allá, es al mismo tiempo recuerdo de una normalidad cristiana más plena y anuncio de un más allá que sólo puede ser señalado y experimentado *in enigmata*”⁴. **VR**

1 Este artículo sintetiza y pone al día un estudio más amplio publicado por el autor en la revista *Claretianum* 055 (2015), ITVC (Roma), 433-466.

2 Publicaciones Claretianas, Madrid 1989.

3 Cf. JOSÉ CRISTO REY GARCÍA PAREDES, *Teología de las formas de vida cristiana (I-III)*, Publicaciones Claretianas, Madrid 1996-1999.

4 B. SECONDIN, *Per una fedeltà creativa. La vita consacrata dopo il Sinodo*, Paoline, Milano 1995, 78.

HABLANDO EN DIALECTO



Una visita de alto riesgo

Dolores Aleixandre

SGDO. CORAZÓN DE JESÚS (MADRID, ESPAÑA)

Acompañó a una hermana polaca de paso en España, visitamos en Segovia la tumba de san Juan de la Cruz y leo en una vitrina una carta del santo dirigida a Doña Juana de Pedraza: “Nunca mejor estuvo que ahora, porque nunca estuvo tan humilde ni tan sujeta”.

La afirmación me descoloca por lo firme y lo rotunda y mi sistema defensivo se pone en pie de guerra: ¿Cómo es eso de “estar mejor” estando “sujeta”? ¿No procede de una teología medieval y dolorista ya superada? ¿No estamos creados para ser libres? Hasta ganas me dan de escuchar otra vez a Nino Bravo cantando aquello de “Libreeeee, como el sol cuando amanece yo soy libre...”.

Menos mal que, seguramente por inspiración del santo, dedico un tiempo a dar vueltas a lo de “estar sujeta” y en otra carta suya leo esto: “Y sepan que no tendrán ni sentirán más necesidades que a las que quisieren sujetar el corazón”. Eso me lleva a reconocer a regañadientes que casi siempre soy yo misma la que se amarra y sujeta a esas necesidades y, presuponiendo que no me pasa a mí sola, invito a salir de sus madrigueras a algunas de esas necesidades

que se esconden como las raposillas del Cantar para poder ponerles nombre:

- la *necesidad* de permanecer en un *habitat* diseñado y acondicionado por nosotros mismos -esta comunidad, este trabajo, este clima, este médico...-, que nos sujeta a un futuro de momias disecadas,

- la *necesidad* de reconocimiento, palmaditas y medallas que nos *sujeta* a la barra de un caballito de verbena que sube y baja al compás de la música,

- la *necesidad* de vivir recordando viejas glorias de un pasado en que éramos tantos y tan jóvenes y con tantas obras, que nos *sujeta* a un pedestal de estatua del Museo de Cera...

Saldrían muchas más, pero quizá baste esta sentencia final de la carta para dejarnos rendida el alma y con ganas de otra libertad: “El pobre de espíritu en las menzugas está más constante y alegre (...) no queriendo sujetar nada para sí y perdiendo cuidados por poder arder más en amor”.

Si a alguien se le ocurre visitar la tumba del santo en Segovia, ya sabe a lo que se expone. **VR**

RETIRO MENSUAL



4

VIENTO DE LIBERTAD

Juan Carlos Martos, CMF

la vida cambia y la manera de entender las relaciones humanas también. Se equivocan quienes reducen el voto de obediencia a dependencia y subordinación. Los consagrados, al hacer voto de obediencia, no renunciamos a nuestra libertad, sino que participamos de la libertad de Cristo, el obediente al Padre. El voto de obediencia no es un voto de sumisión y resignación, sino un voto esencialmente comunitario y de libertad.

Dirigiéndose a los consagrados, el papa Francisco decía: “El mundo y la Iglesia os necesita como faros que iluminan el camino de los hombres y las mujeres de nuestro tiempo”. ¿Qué deben tener estas personas para que el Papa les ubique como referentes, faros que iluminan a todos? Hace unos meses se proyectó en España y con un relativo éxito la película *Libres. Duc in altum*. Sorprendió el número de personas que acudió a ver un documental que trata sobre la vida monástica en España. Durante 107 minutos desfilaron por la pantalla rostros de varios monjes y monjas que contaban sus historias. Ver la película podría ser un buen complemento a este retiro. Ayudaría a entender mejor de qué libertad están habitados esos testimonios vivos y palpitanes.

Hay libertades y libertades. Notas de la libertad evangélica

Dejemos claro, antes de nada, que hablamos de aquella libertad que es fruto del Espíritu. Y que, en un retiro, no es suficiente recordar ideas sino verificar qué estilo de vida alimentan tales ideas. En nuestro retiro repasaremos nociones ya sabidas para confrontarlas con nuestra forma de vivir. Porque podemos estar manejando sucedáneos de libertad

Tras haber meditado sobre la fe, la esperanza y la caridad, el retiro de abril trata de la libertad de quienes hacemos voto de obediencia. Se sitúa en tiempo de Pascua abocada ya a Pentecostés. Nos centraremos en el binomio libertad-comunidad que paradójicamente deben ir siempre vinculadas en el voto como don del Espíritu.

La obediencia ha configurado la vida consagrada a lo largo de su historia. Pero cada época le da a este voto un significado renovado porque

que en el fondo esconden grilletes y cadenas. ¿En qué rasgos podemos reconocer la libertad de la que habla el Evangelio?

- *No es individualista.* Una de las concepciones más virales sobre la libertad declara que “mi libertad termina donde empieza la tuya”. Aparentemente parece que corre, ipero aquí falta la relación, el vínculo! Es una visión individualista. Quien ha recibido el don del Espíritu no puede admitir que la libertad consista en apartarse de los demás, sintiéndoles como obstáculo. Nadie vive encaramado en sí mismo, sino incluido en un grupo social por más que trate de aislarse. Y, por legítimo que sea, nadie tiene derecho a “hacer lo que le apetezca” sin tener en cuenta a los otros. Esta dimensión social es fundamental para los consagrados. La obediencia libera de la tiranía de los egos privados, para preferir el proyecto común sobre los intereses particulares. Los otros no son un obstáculo a mi libertad, sino que su posibilidad para llegar a realizarla en plenitud. La verdadera libertad libera para la comunión.

- Tampoco consiste exactamente en *ampliar libertades*. De todos es sabido que hoy se identifica la libertad con una creciente capacidad para elegir entre el mayor número de propuestas. Esta dinámica obsesiona a muchos. Pero multiplicar *ad infinitum* las opciones de elegir (en nuestro caso, destino, estudios, bienes, compañeros, trabajo, amistades, horarios, etc.), dificulta al máximo las posibilidades de un compromiso de fidelidad y amenaza el sentido de pertenencia e identidad. Acabamos por no saber qué queremos, a quién pertenecemos, quiénes somos y qué pintamos aquí. El exceso de posibilidades es un obstáculo para elegir

bien. Un gran engaño de nuestra cultura es tratar de convencernos de que seremos más libres multiplicando las opciones sin recorrer un itinerario de discernimiento. Por el contrario, la sabiduría de la vida nos enseña que, cuantas menos necesidades nos creamos, más libres somos porque a menudo “poseer es ser poseídos”.



Jesús nos libera para ponernos al servicio los unos de los otros

- *Busca ante todo el bien de los demás.* Una libertad sin un para qué no tiene sentido. Jesús nos libera para ponernos al servicio los unos de los otros (cf. Jn 13,14) y no usar la libertad como «un pretexto para la carne» (Gal 5,13). Nos hace libres para amar y servir, no para hacer lo que nos apetezca o lo que se nos ocurra. Eso esclaviza. Ganamos la vida si la perdemos (cf. Mc 8,35). Eso es Evangelio puro. Es verdad, pero ¿no es esto también esclavitud? Pues sí. La libertad en Cristo tiene algo de “servidumbre” ya que exige negarse a sí mismo. ¿Y cómo es posible ganar la vida si la perdemos? Pablo responde de forma directa y retadora: “mediante el amor” (Gal 5,13). No hay libertad verdadera sin amor. El amor de Cristo nos libera de la peor esclavitud, la de nuestro ego, para amar y servir; no con el amor platónico, o de telenovela, o el que ansía gratificaciones, sino con el amor de entrega, ese que brilla en

Jesús al lavar los pies a sus discípulos y decirles: “Os he dado ejemplo, para que también vosotros hagáis como yo” (Jn 13,15).



La libertad movida por el amor libera para escuchar sin imponer

- Exige discernimiento. La libertad verdadera lleva a amar sin las constricciones de engaños y apegos. No debe ser conducida por los envites instintivos del deseo, sino por el manso discernimiento y la lucidez. Dirigiéndose a los Corintios, Pablo dialoga con quienes sostienen una idea liberal de libertad. “Todo es lícito”, dicen ellos, “mas no todo es conveniente”, responde Pablo. “Todo es lícito”, “mas no todo edifica”, responde el apóstol. Y añade: “Que nadie procure su propio interés, sino el de los demás” (1Cor 10,23-24). Esta regla desenmascara el mínimo asomo de egoísmo y orienta hacia el amor. El discernimiento busca el bien mayor; cuestiona falsas certezas y remueve comodidades encubiertas; escruta y hace brillar la verdad. La libertad movida por el amor libera para escuchar sin imponer, para querer sin forzar, para edificar sin destruir. No manipula a los demás para la propia conveniencia y les procura el bien sin buscar el propio provecho. Si la libertad no es lúcida y no está al servicio de un bien mayor corre el riesgo de hacerse estéril, de corromper la comunidad y no dar fruto.

- *La libertad nos conduce a los pobres.* La libertad animada por el amor reconoce en los más pequeños el rostro de Cristo. Pablo, escribiendo a los Gálatas, subraya algo que de ninguna manera es secundario. Con ocasión de la Asamblea de Jerusalén, donde quedó reconocida y legitimada su plena libertad para seguir evangelizando, Pablo anota que, al terminar la deliberación del grupo apostólico, le aconsejaron solo una cosa: acordarse de los pobres (cf. Gal 2,10). Esto es clave. Los apóstoles, puestos de acuerdo, vinieron a decirle: “Sigue adelante, sigue adelante pero no te olvides de los pobres”, es decir que tu libertad de predicador sea una libertad al servicio de los que no tienen ni voz ni libertad, no para ti mismo, para hacer lo que te gusta. Como vemos, el Espíritu sopla desde abajo.

Pentecostés: cinco signos de libertad

En Pentecostés la primera comunidad cristiana recibe el Espíritu “y donde está el Espíritu del Señor está la libertad” (2 Cor 3,17). Los discípulos, encerrados en el cenáculo por miedo a los judíos y a las autoridades, por sí mismos eran incapaces de nada. El Resucitado entra dentro estando las puertas cerradas y sopla sobre ellos infundiéndoles su Espíritu de libertad.

Nadie tiene poder de suscitar el Espíritu. Esto le toca solo a Dios; a nosotros invocarle y disponer nuestros corazones. Cuando nos habita, nos aúna y nos activa. Encendidos por su fuego abrasamos a otros. Al cautivarnos espolea nuestras energías y las pone a su servicio. El Espíritu adviene como gracia que rescata del aburguesamiento, de la costumbre, del solipsismo, de la insipidez.

Al acogerlo notamos sus efectos liberadores que movilizan y, a la vez, vinculan. Nos detenemos en algunos de estos efectos que son experiencias y convicciones que mudan a sus beneficiarios.

Nos hace libres para vivir en comunidad

Pentecostés es el acontecimiento que provoca, ante todo, conciencia de unidad y vínculo de pertenencia en el grupo discipular. En Hechos de los Apóstoles, cuando se repite la expresión “todos juntos” (cf. Hch 2,1; 2,4; etc.), se está indicando la existencia de una comunidad discipular, no una yuxtaposición de individuos cercanos. Un término parecido lo encontramos en Hch 1,14: “Todos ellos perseveraban...”. Este “todos” anticipa la expansión del don del Espíritu integrando a quienes en el futuro tomen la decisión de unirse a la comunidad. No hubo entonces juramentos ni pactos sellados. Ocurrió como un espontáneo despertar de conciencia que les hizo sentirse cuerpo. Decidieron seguir juntos, pasase lo que pasase, no por decreto-ley sino como por íntima convicción. La comunidad no fue el resultado de un proyecto previo e impuesto, sino de una inspiración consentida y compartida.

Partamos de un dato real: ¡es difícil vivir en comunidad! Nuestras comunidades agrupan a personas que no se han elegido y que son muy diferentes en casi todo: personalidad, hábitos, edades, sentimientos, puntos de vista. A ello se añade hoy la diferencia de raza, de cultura, de formación.

Ser comunidad es gracia y arte. Es un don del Espíritu, que solo florece cuando se acoge y se cultiva dejándose transformar. Su fuerza agluti-

nante radica en ser una experiencia compartida del Padre que nos hace hermanos a su imagen y semejanza. Él revela la causa por la que merece la pena entregarse, compartir con otros u otras, apasionarse. El carisma compartido transforma y aglutina, y siempre se despliega y expande. No se limita a una tarea a realizar, sino que, ante todo, es una forma de sentir a nuestro Dios y sentirnos ante Él. Lo que nos hace comunidad es una experiencia compartida de Dios que nos va transformando a su imagen y semejanza.

Nos hace libres para anunciar el Evangelio

Pentecostés fue la experiencia que definitivamente movilizó a los discípulos. Recibieron el impacto del Espíritu como un impulso para salir, dar testimonio del Evangelio y hacerlo con urgencia. Adquirieron lo que podríamos llamar conciencia de responsabilidad, implicación evangelizadora.



Con el Espíritu, la responsabilidad misionera no es una pesada losa que aplaste y asfixie

Pentecostés deshace miedos, reservas e inhibiciones y descubre el inmenso potencial que el Evangelio tiene en el mundo. Libera de la tentación de atrincherarse en un gueto al comprender que el Evangelio es para todos, que no es sectario. Hace abandonar la enfermiza costumbre de ver solo dificultades e imposibles

por todas partes para percibir con ojos nuevos el potencial de vida que el Espíritu derrama por doquier.

Con el Espíritu la responsabilidad misionera no es una pesada losa que aplaste y asfixie, sino empuje y ardor misionero, conciencia clara de las posibilidades reales de anunciar el Evangelio. Seguirán resonando en nuestros oídos aquellas palabras que el Resucitado dirige a los apóstoles de todos los tiempos: “Id y haced discípulos míos...”.



El fruto del Espíritu no es Babel sino Pentecostés

La expresión de *Evangelii nuntiandi*: “La Iglesia existe para evangelizar” es un fiel eco de aquellas palabras del apóstol san Pablo cuando declara que “anunciar el evangelio no es para mí un motivo de gloria; es una obligación que tengo, y pobre de mí si no anunciara el evangelio!” (1Cor 9,16).

No hay misión sin Espíritu. Sería imposible sin el Señor y Dador de la Vida. Sin Espíritu la Iglesia puede seguir siendo muy activa y desplegando muchas tareas, pero ya no serían Buena Noticia sino propaganda, estrategia de subsistencia institucional, actividades para defender los propios intereses, proselitismo autorreferencial... etc. Con el Espíritu, a pesar de la ambigüedad propia de todo lo humano, la Iglesia será hasta el final la comunidad de Jesús. Y ninguna fuerza del mal prevalecerá

contra ella de aquí hasta el final. Esa es su señal clara de identidad.

Nos hace libres para ser diversos y concordes

El fruto del Espíritu no es Babel sino Pentecostés. Babel representa a la ciudad sin Dios, donde nadie entiende la lengua de su prójimo y reina la confusión y el caos. Esa ciudad termina por autodestruirse. Pentecostés, por el contrario, posibilita el encuentro y la comprensión, la posibilidad de hablar la propia lengua sin negar la pluralidad y llegar a entenderse. El mismo Espíritu que crea la unidad, mantiene asimismo la diversidad. Esta “unidad en la diversidad” es obra creativa suya. Donde hay hombres y mujeres que abren sus corazones con humildad y gratitud a su acción, siempre tendrá cabida la libertad para el encuentro, la reconciliación y la comunión. El Espíritu Santo es el experto de unir a los diversos y lo facilita. Solo por los frutos se puede discernir si actúa el Espíritu de la unidad o los malos espíritus de la división. Donde hay discordia, personalismos, descartes, rivalidades, intransigencias, enfrentamientos, afán de protagonismo y manipulación, aunque venga revestido con las apariencias de búsqueda del bien común, ahí no hay Espíritu. Y cuando no hay Espíritu, tanto la unidad como la diversidad se intuyen como amenazas.

En la tradición monástica contamos con una muestra extraordinaria de lo que dignifica crear y mantener la unidad en la diversidad. Nos la ofrece el canto gregoriano. Es un ejercicio musical de concordia que aúna las diversidades de las voces haciendo que parezca que es una sola voz la que canta. Su genialidad radica en haber encontrado un

modo de construir un solo corazón. Evita cualquier impostación de voz de tipo operístico que pretenda el lucimiento de un solo intérprete. Ninguna voz es disonante. Cantando juntos se estrechan y fortalecen los lazos fraternos de la comunidad.

***Nos hace libres para entendernos.
El don de lenguas***

Pentecostés es asimismo un acontecimiento lingüístico. Lo simboliza el fuego del Espíritu que se esparce en llamas. Un único mensaje se expresa y difunde en todas las lenguas y culturas. El autor de los Hechos menciona a personas de 17 países que escuchan la voz del Evangelio en sus propias lenguas: partos, medos, elamitas; habitantes de Mesopotamia, Judea, Capadocia, el Ponto, Asia, Frigia, Panfilia, Egipto, la parte de Libia fronteriza con Cirene, forasteros romanos, judíos y prosélitos, cretenses y árabes. El Espíritu se expresa en todas las lenguas del mundo. No hay barreras que le impidan hacerse presente. Lo significa también su ruido “como de viento impetuoso” (Hch 2,2). Es una fuerza más grande que la división o que el encierro de los discípulos, que los desencuentros y rivalidades de todo grupo humano. Pentecostés muestra que hay algo más poderoso que las fuerzas que dispersan e incapacitan para entendernos y construir la comunidad.

Lo que caracteriza al Espíritu Santo es su capacidad de ligar y concordar a los diversos. Es como el agua que todo lo humedece. Como el fuego que todo lo enciende. Como el aire que penetra por cualquier ranura. El Espíritu de Dios es uno solo y es Amor. Los malos espíritus son “legión” y generan cerrazón, encierro, confusión, incompre-

nicación, discordias, amenazas... Infectan con el “virus del incomprendido” propio de quien se amarga y se aísla diciéndose: “Nadie me entiende” ... “como sufro yo, no sufre nadie” ... “siento las cosas como nadie las siente” ... convencido de que no es posible salir de ese agujero. Por el contrario, el Espíritu abre caminos, es el *meeting point*.

***Nos hace libres para acoger
a María como madre***

En Pentecostés está presente también María, la madre de Jesús. Aparece por última vez en un momento clave, en el “acto fundacional” de la comunidad cristiana: “Cuando llegaron, subieron al piso superior donde se alojaban: Pedro y Juan, Santiago y Andrés, Felipe y Tomás, Bartolomé y Mateo, Santiago de Alfeo, Simón el Zelota y Judas de Santiago. Todos ellos, con algunas mujeres, la madre de Jesús y sus parientes, persistían unánimes en la oración” (Hch 1,13-14).



María no es el centro de la comunidad, pero está en su corazón

María la madre de Jesús no solo aparece integrada en la comunidad que espera la venida del Espíritu, sino que ocupa un lugar destacado. No es el centro de la comunidad, pero está en su corazón. Para Lucas, María no forma parte de ninguno de los tres grupos que se mencionan (apóstoles, mujeres y parientes de Jesús), sino en lugar aparte. Es un

personaje único dentro de la Iglesia constituyente de Pentecostés. Ella es miembro de pleno derecho, no homologable ni al grupo de los Doce, ni al grupo de las mujeres, ni al de los parientes. María es insustituiblemente comunidad cristiana.

Hay una coherencia en la fe de María desde la anunciación hasta el momento en que se recompone la comunidad de Jesús para abrirse al futuro. Como en Nazaret, igualmente ahora ella se ve agraciada con el Espíritu Santo que desciende. Ella no fue solamente testigo sino partícipe de lo que ocurrió en el Cenáculo.

A los pies de la cruz recibió una ampliación de su maternidad (cf. Jn 19,25-27). María ya no es solo la Madre de Dios, según la bellísima definición del Concilio de Éfeso. Se convierte en Madre del discípulo amado y, por tanto, de cada uno de nosotros.

La acogida de María en “nuestras cosas” ha de ser decisiva en nuestra vida de consagrados. Ni es opcional ni podemos reducirla a algo devocional-ornamental. María se hace cargo de cada uno de nosotros libremente y por vocación y no de manera sentimental. La ausencia de María es, pues, una grave carencia. Por desgracia, a veces nuestras comunidades olvidan a María como Madre y Maestra. O aún peor, se la recuerda como una devoción, es decir, con algo decorativo o formal, pero sin ser determinante, vital. Desde Pentecostés esta Mujer queda ligada al destino de cada uno de nosotros para la comunión de los santos. **VR**

Preguntas para el diálogo comunitario:

- Recuerda algún episodio de tu vida consagrada en los que expresamente has sido urgido o ungida a vivir tu voto de obediencia. Narra la historia y lo que te aportó. ¿Cómo viste crecer entonces tu propia libertad?
- Puede ser interesante hacer un inventario personal de actividades que estimulan tu libertad evangélica para entregarte y te ayudan a evitar inclinaciones egoístas, defensivas o miedosas.
- No podemos curar lo que no reconocemos. ¿Qué defecto personal te cuesta reconocer más para vivir en la verdadera libertad?
- ¿Qué puesto le concedes a María en tu vida? ¿Cómo lo expresas? ¿De qué manera Ella inspira y motiva tu vida consagrada, comunitaria y apostólica?

ALGO ESTÁ BROTANDO



Un zumo de naranja

Miguel Márquez Calle

PREPÓSITO GENERAL DE LOS CARMELITAS DESCALZOS (ROMA)

Eran los años 90 cuando yo estudiaba en la Universidad Comillas. Años llenos de vitalidad y de implicación en actividades académicas. Era una conferencia-coloquio entre varios jesuitas (tal vez Fernández Martos, Xavier Quinzá u otros) y una religiosa. No recuerdo bien de qué hablaban, de altas teologías. En medio de palabras bien dichas, abrió la boca Dolores Aleixandre y nos habló de la “teología del zumo de naranja”. Hizo un requiebro para explicar que, en su diálogo con las mujeres del barrio, las educó para cuidarse, madres de familia 24 horas al día. Las invitó a pensar en sí mismas, a hacerse un zumo de naranja para ellas, sin remordimientos. A cuidarse para cuidar bien de los demás.

Me venía a la mente una canción de Pedro Guerra, de hace años (disco *Raíz* 1998), que se refiere a un tipo de poder que hace daño: “Contra el poder que no descansa y se detiene a beber junto a las fuentes del sabor y el deseo”.

Y me conectaba con el corazón de la teología y de la vida religiosa que tiene que ver tanto con disfrutar sanamente, con saborear el don de Dios, dejarse encontrar, dejarse alcanzar y no hacerse el protagonista o el imprescindible, dejarse querer y sentarse como Gedeón tranquila-

mente con Dios bajo el terebinto de Ofrá, sin prisa ni estrés.

¿Cómo cuidar de los demás y sostener, si no me dejo cuidar y si no busco y bebo cada día la fuente que mana y corre? Perder tiempo en un zumo, un paseo, una canción, un rato de silencio inútil que descansa la vida para seguir entregándola con fresca y con el brillo de lo gratuito.

Os dejo con aquellos versos de fray Luis, hombre sabio, que compuso en un rincón tranquilo cerca de Salamanca, La Celsa, donde se retiraba de los muchos afanes, y que resuenan oportunos para tiempos de dispersión y de aceleración invitándonos a ser sabios y a comprender la vida fecunda:

“¡Qué descansada vida / la del que huye del mundanal ruido, / y sigue la escondida / senda, por donde han ido / los pocos sabios que en el mundo han sido; / No cura si la fama / canta con voz su nombre pregonera, / ni cura si encarama / la lengua lisonjera / lo que condena la verdad sincera. / ¡Oh monte, oh fuente, oh río! / ¡Oh secreto seguro, deleitoso! / Roto casi el navío, / a vuestro almo reposo / huyo de aqueste mar tempestuoso. / Un no rompido sueño, / un día puro, alegre, libre quiero...”. 



Lourdes Perramon, OSR

«La vida religiosa, para ser profética, debe estar e ir a donde nadie llega»

Vida Religiosa tiene siempre un oído en España y otro en Latinoamérica, aunque sin olvidar nunca a la vida consagrada de otros continentes. Tras la entrevista a la hermana Liliana Franco (presidenta de la CLAR) el mes pasado, escuchamos ahora la voz de la hermana Lourdes Perramon (vicepresidenta de la CONFER española). Su visión global nos ayuda a conocer mejor la situación por la que atraviesa la vida consagrada hoy.

Ignacio Virgillito

OFICINA DE COMUNICACIÓN DE LA PROV. CLARETIANA DE SANTIAGO

Usted, como mujer y consagrada, ha recibido la encomienda de servir a la vida religiosa en España desde la vicepresidencia de CONFER, una atalaya privilegiada desde donde ver esta peculiar forma de vida tal cual es. Por ello, es lo primero por lo que quisiera preguntarle, por la situación de la mujer en la Iglesia, y en concreto en la vida religiosa, donde son mayoría.

Puede parecer una obviedad, pero diría que se están dando pasos, aunque sigue quedando mucho camino por recorrer. Mi sensación es que hay más camino en los discursos que en las prácticas; más en lo superficial y simbólico que en dimensiones más de fondo y me explico. Son muy bienvenidos elementos relevantes como la asignación de algunos cargos a mujeres en el Vaticano o en el mismo Sínodo, la participación de algunas mujeres en los seminarios, consejos parroquiales, mujeres teólogas en jornadas, etc. Pero falta una transformación más de fondo en el sentido de construir una Iglesia menos clerical, comunidades de creyentes que no “pivoten” alrededor de sacerdotes, obispos y jerarquías. Iglesia pueblo de Dios, caminando todas y todos en igualdad.

Quizás lo positivo de la vida religiosa femenina es que, al ser todo mujeres, la vida gira más sobre el reconocimiento de los dones personales y no en ser hombre o mujer. Creo que así debería ser en la Iglesia en general y también entre la vida religiosa masculina y femenina, superando la mirada paritaria. En ese camino, las mujeres y las religiosas también tenemos que dar el paso y disponernos. No ubicarnos solamente en los segundos puestos. Y en la vida religiosa, como en el camino del feminismo tradicional, salir del espacio

privado y propio, en nuestro caso lo congregacional, e implicarnos más en la esfera pública: CONFER, servicios eclesiales diversos, etc.

¿Cómo se está replanteando la vida consagrada su actividad y presencia entre las situaciones de vulnerabilidad?

Siempre en búsqueda, atenta a la realidad, en escucha a las nuevas necesidades. Quizás en España, por la alta media de edad, puede que entre los religiosos y religiosas se haya perdido algo de creatividad, audacia, agilidad en las respuestas y desplazamientos... Pero creo que en paralelo emerge o se evidencia con más claridad el potencial, el sentido y sabiduría de la mera presencia, la cercanía, la acogida, el gesto, la escucha como valor. ¡Y para eso no hay edad ni jubilación!

En paralelo, se fortalece la experiencia de actuar “junto con”. Ya sea con quienes nos reconocemos recibiendo el mismo carisma y recreándolo desde otras experiencias de vida, como con todos los profesionales que se suman a la misión compartida o el amplio trabajo en red. Porque, más allá de estar al lado de quien sufre, se le han negado oportunidades o está en la más extrema pobreza, hay grandes estructuras económicas, planteamientos políticos, leyes y planes que hay que cambiar; y ahí, solo junto con otras y otros es posible una transformación social. Diría, en síntesis: presencia e incidencia.

¿Qué están aportando los jóvenes que hoy se incorporan a los institutos de vida consagrada? ¿Por dónde va su sensibilidad? ¿Qué buscan fundamentalmente?

No es un tema que conozca bien, pero me parece que nos interpelan frente a un cierto activismo en el que

podemos haber caído, reforzando la dimensión del compromiso y el valor de las obras apostólicas propias, frente a otras dimensiones igualmente relevantes en la vida religiosa.

Los jóvenes, por el mero hecho de estar iniciando este camino de consagración, nos recuerdan, como nosotras hicimos también cuando éramos jóvenes, el sueño, la esperanza del ideal, la ilusión y el deseo de vivir centradas en Dios, abiertas y siempre disponibles a su llamada desde una entrega sin condiciones.

Quizás en este momento no tiene tanta fuerza la invitación y envío de Jesús en lo que podemos englobar “construir Reino”, dado que es un aspecto posible desde otros muchos espacios sin tener que ligarse a la vida religiosa. Y hay una sensibilidad mayor en aquello que sustenta ese envío, tanto el cuidado de la interioridad, el silencio orante y la celebración de la fe en común; como la dimensión de convocación que identifica y da una pertenencia e identidad carismática, que se vive en comunidades que sostienen y se hacen espacios de cuidado.

Me parece que en la suma y complementariedad de jóvenes y no tan jóvenes es donde se nos brinda la posibilidad de ser grupos de fe que disciernen, construir relaciones de verdadero encuentro y, en torno a un proyecto común, vivir toda la vida en misión, al estilo de Jesús.

En diversos ambientes se habla de la necesidad de una vida consagrada profética, y tengo la sensación de que hay quienes se crecen ante este calificativo y otros que no sabrían explicarlo con claridad. ¿Qué significa una vida consagrada profética para usted?

Ante la identificación de vida consagrada con profecía, lo que me viene

es afirmar que es siempre una llamada, un horizonte que impulsa, un recordatorio para no acomodarnos, pero no siempre una realidad porque implica una valentía que a veces nos asusta y una agilidad a menudo poco conciliada con dimensiones institucionales, pues tendemos a ser de procesos lentos.

Para mí, profecía implica estar muy pegados a la realidad para dejarnos tocar por ella, para conocer dónde hay sufrimiento, injusticia, soledad, necesidad de liberación... y, junto con esa dimensión de cercanía y de algún modo encarnación, permanecer a la escucha del Dios que ahí clama, teniendo el corazón en plena sintonía con Él, familiarizado con su misma sensibilidad. Saber que, si confiamos en Dios ese dolor, en lugar de paralizarnos, nos moviliza y compromete. Creo que la vida religiosa, para ser profética, debería estar e ir a donde nadie llega y transparentar el rostro del Dios Amor.

La vida consagrada en España es, a grandes rasgos, un estilo de vida que está pasando por una edad ya avanzada en buena parte de sus miembros. ¿Cuáles son las claves para afrontar una vida consagrada envejecida?

Hay una cuestión que se impone. A nadie se le escapa que la edad de los miembros de nuestras comunidades es avanzada, pero, a la vez, creo que es bueno preguntarse si no le estamos dando excesiva importancia al tema de la edad. Porque una vida consagrada que se mantiene centrada en Dios, siempre con la perspectiva de la misión en el horizonte, no debería envejecer. Al revés, debería hacerse más sabia.

Fíjate, he estado visitando comunidades de mayores y me llenaba de alegría escuchar la vivencia de la vo-

cación de mis hermanas. Ellas, por más que necesitan ayuda o apoyos, no demuestran que su opción de vida -aquella fundamentada en su amor primero- se haya vuelto vieja. Y con esto no estoy diciendo que no existan desafíos que debemos atender; claro que debemos preocuparnos por las necesidades humanas propias de cada edad, pero pienso que debemos ser audaces para saber acompañar bien esa etapa de la vida.

Creo que esta reflexión es compartida por otros institutos. Desde hace años, diversos gobiernos generales están invirtiendo en la formación permanente de las personas mayores de nuestras comunidades para que aprendamos a envejecer en positivo. Creemos que cumplir años no significa ir apagando la alegría de nuestra consagración.

Hace pocos días oí una expresión: “gestionar el declive”. Declive entendido como los momentos previos a una desaparición. ¿Cree que la vida consagrada, en algunos de sus institutos, está en este punto? ¿Cómo gestionarlo? ¿Cómo acompañarlo desde la CONFER?

De entrada, no quiero asociar el declive como el momento previo a una desaparición. Creo que el declive, en nuestro caso, va asociado a un renacer. Hay que ver la vida consagrada y sus vocaciones con la perspectiva del tiempo. Hemos conocido tiempos de crecer, pero ahora nos damos cuenta de que nuestra peculiar forma de vida es minoritaria, y que la cuestión no es ser muchos o pocos, sino ser coherentes con lo que estamos llamados a ser.

Por otro lado, el decrecimiento nos purifica y nos sana de algunas tentaciones que se nos han venido colan-



do de épocas de mayor florecimiento. Porque, sin querer, hemos puesto muchas energías en la imagen y en la relevancia que han venido de la mano de un reconocimiento social propio de épocas pasadas. Sin embargo, en este momento de Iglesia, estamos decreciendo, y, como te decía, esto nos puede sanar. Incluso quizá puede llegar a ser oportuno decrecer un poco más para vivir lo esencial y para que, desde ahí, podamos expandirnos en comunión con otros. A mí me parece que el declive nos tiene que ayudar a poner el acento en la calidad antes que en la cantidad y, sobre todo, en la esperanza cristiana.

Desde CONFER queremos ayudar a poner nombre a las cosas, a no tener miedo, a percibir el susurro de Dios detrás de esta realidad que nos toca vivir. Viene escuchándose desde hace tiempo un eco que advierte de que el papel de la conferencia de

religiosos ha de ser cuidar la atención de forma más personalizada. Preguntar uno a uno, congregación a congregación, qué necesitan, dónde podemos ayudar.

A mediados de marzo, la CONFER organizó su segundo congreso de comunicación. Teniendo en cuenta el acento que la vida consagrada pone en aspectos como el sigilo y la discreción, ¿cree que se percibe cierto grado de tensión cuando en nuestras oficinas de prensa, las propias de nuestros institutos, se habla de transparencia y agilidad comunicativa?

Creo que vivimos todo lo relacionado con la comunicación con una cierta tensión, que no tiene por qué ser negativa. Quizás lo que debería es propiciar más diálogos y aprendizaje mutuo.

Percibo tensión porque no hacemos las cosas para ser vistos: “que tu mano derecha no sepa lo que hace



la izquierda”. Nos resistimos a salir en los medios, más aún a ponernos como referentes o modelos de nada. Tensión también porque la agilidad a menudo es sinónimo de inmediatez y corto plazo, cuando alrededor de la vida consagrada casi todo tiene que ver con participación y procesos, ambos sinónimos de cierta lentitud, y nos es difícil responder a la pregunta acerca de cuándo es el momento de comunicar.

Tensión también porque, en favor de la verdad, no queremos eludir la complejidad de la vida, el poliedro del que habla Francisco, y las diferentes caras de una misma realidad, algo que, a los medios, en busca de un titular y a menudo con formatos breves, no les gusta.

Y, por último, también tensión porque, junto al deseo de transparencia, está no solo la obligación de preservar, por protección de datos, a la persona, sobre todo a las más vulnerables, sino también el compromiso de no traicionar la confianza que las personas atendidas en nuestros proyectos nos entregan. Le escuché hace muchos años al jesuita Toni Català que los menores de un centro al que habían ido a visitar varios grupos de estudiantes y voluntarios escribieron en la fachada: “Gracias por la visita, esto no es un zoológico”.

Junto a esto, me parece que, como vida religiosa, tenemos el reto de comunicar a la sociedad, y especialmente a la juventud, que existe la vida consagrada. Con un lenguaje entendible, dar a conocer no lo que hace, sino cuál es su esencia: una vida centrada en Dios que llama, convoca y envía a vivir en misión. Mostrar con el testimonio, pero también con nuevas narraciones y utilizando las plataformas actuales, que la vida consagrada

es una opción de sentido y felicidad a la que Dios sigue llamando.

Y comunicativamente, pero también desde un nivel mucho más general, ¿qué nos ha enseñado la crisis de los abusos sexuales en la Iglesia? ¿Qué ha aprendido la Iglesia, y en concreto la vida consagrada, de las víctimas de estos abusos y de otros que eventualmente han sucedido como los de poder y autoridad?

Hemos aprendido a reconocer y formular sin rubor que somos humanos y vulnerables como toda persona y que no solo no pasa nada por reconocer nuestros errores y límites, sino que incluso nos puede liberar.

Aprendemos también que lo institucional nunca puede ser excusa para relativizar, ocultar o diluir la verdad; sino que, si somos cuerpo congregacional, cuando hay una parte que sufre por un error cometido, sufre todo el cuerpo y si hay una parte enferma, de algún modo todo el cuerpo tiene algo que sanar.

Y, siguiendo con el símil del cuerpo, creo que hemos aprendido que lo mejor es hacer un buen escáner a tiempo para detectar los puntos débiles y subsanarlos (caminando hacia liderazgos compartidos, formación acompañada por equipos y no individualmente, espacios que garantizan el diálogo...), así como aplicar la medicina preventiva, implementando protocolos de detección, garantizando entornos seguros y ofreciendo formación sobre el tema. 

EL ALTAVOZ



Subámonos al tren, que está en marcha

Silvia Rozas

HIJA DE JESÚS (MADRID, ESPAÑA)

No es fácil subirse a un tren que está en marcha. Sobre todo cuando en el ambiente hay un cierto aire de desesperanza, marcado por frases del estilo: “Siempre se ha hecho así” y “Cualquier tiempo pasado fue mejor”. Las dos son signo del mal espíritu que campea a sus anchas cuando las cosas no vienen dadas como nos gustaría: fáciles y consoladoras.

La verdad es que bien sabemos que ningún tiempo pasado fue mejor y que en cada época Dios se encarna de una o de otra manera. Y nuestra misión, la misión de Jesús, es la de anunciar el Evangelio a hombres y mujeres de este tiempo concreto. Y esta misión es Misión Compartida con otros consagrados y, sobre todo, con los laicos. Este tren está en marcha y a buen ritmo. Este camino juntos comenzó para muchos en la misma fundación de sus congregaciones y para otros es un descubrimiento gozoso que complementa las vocaciones específicas y amplifica los carismas. La Pascua es un buen momento para ver esas semillas de vida que alientan el camino de la entrega y hacen frente al mal espíritu que se cuela descaradamente en nuestras congregaciones.

Cuando laicos y religiosos hacemos camino de forma adulta, descubriendo lo específico de cada vocación, relejendo el carisma desde la

vivencia personal, teniendo como eje el anuncio de Jesús y su Evangelio allí donde estemos y con quien vivamos... entonces, es que Jesús sigue resucitando en nuestra sociedad. Son muchas las instituciones que llevan años haciendo un proceso verdaderamente sinodal, de la mano de laicos y religiosos que también lo han experimentado desde dentro. Antonio Botana, hermano de La Salle, maestro para muchos, recuerda que “el camino de la Misión Compartida no ha de confundirse con el de las ‘tareas repartidas’ o el de las ‘llaves entregadas’”. Ni tampoco ha de confundirse con integrar a los laicos en las estructuras de la vida consagrada. Este proceso es más profundo, más novedoso, más del Espíritu. Se trata de crear algo juntos, de escuchar y dar pasos audaces. ¡Cuántas veces decimos que es necesario formar “a nuestros laicos”! ¿Y si nos formamos juntos?

Ahora sí que algo nuevo ha nacido... muchos carismas lo están experimentando a través de itinerarios que ayudan a este camino juntos... los brotes verdes están dando vida y en Pascua estamos llamados a identificarlos... porque el tren ya está en marcha. **VR**



Inspiración bíblica de la vida consagrada a la luz de la historia

Tomado de: Volo Pérez, Ricardo, *Una vida inspirada por el Evangelio*, Publicaciones Claretianas, Madrid 2014, 24-30.

Un vínculo carismático

¿Qué papel ocupa la Escritura en la gestación y en el crecimiento del carisma de la vida consagrada en la Iglesia? Un lugar de primer orden. No podía ser de otro modo, pues la Escritura, en el seno de la Tradición, es fuente de revelación y alimento primordial de la vida cristiana. Los libros sagrados inspiran, sostienen y desarrollan las múltiples ramificaciones de la vida religiosa desde sus primeros pasos. Esta no se entiende ni se explica sin una relación neta y directa con la Palabra de Dios. Así se constata cuando se analiza y se reflexiona sobre la vida de san Antonio, san Pacomio, san Basilio o san

Agustín, entre otros, quienes marcan el ritmo de fundación, organización y crecimiento de este singular estado de vida. Pues son todos ellos personas que se reconocen convocadas e iluminadas por el Espíritu a través de la lectura creyente de las páginas inspiradas. En ellas encuentran el empuje y el sustento diario para llevar adelante sus proyectos y aspiraciones. La Biblia es punto de referencia fundamental en su opción por Jesús y manantial donde sacian su sed de Dios.

La lectura creyente de la Escritura forma parte integrante de la vida religiosa desde sus inicios y a lo largo de su evolución. Así lo corroboran los

grandes historiadores que han investigado y contrastando las ricas fuentes documentales que hoy tenemos a nuestra disposición, dando testimonio coral de esta premisa fundamental: «El monacato se inicia como un fantástico movimiento de obediencia a la Palabra. El monacato, tanto en su versión eremítica, como cenobítica, tiene como objetivo hacer de la Palabra de Dios el guion de la vida, de la existencia humana»¹. Julio Herrera afirma de san Antonio: «toda su conducta, su modo de vivir nuevo se explica sólo como un vivir plenamente la Escritura (...) Su vida quiere ser una conformidad total a la Escritura, y es la Escritura lo que lee y de ella vive»². El gran investigador de san Pacomio y la vida cenobítica inaugural, Armand Veilleux, comenta: «La Escritura Sagrada era para la comunidad pacomiana la primera –por no decir la única– regla de vida monástica. Y al mismo tiempo representaba la inspiración fontal de toda su espiritualidad»³. En el contexto de estas constataciones no nos resistimos a reseñar aquí la conclusión del excelente estudio que García M. Colombás lleva a cabo sobre el pues- to de la Escritura en los albores de la vida consagrada: «Es imposible concebir el monacato antiguo, la primitiva espiritualidad monástica, sin la Biblia. Los textos son numerosísimos, claros y explícitos. Su lectura engendra la certidumbre de que para aquellos hombres que lo habían dejado todo, fueran anacoretas o cenobitas, rudos o doctos, la vida espiritual se resumía en leer, vivir, comprender y gozar la Escritura. Si todos los cristianos deben acudir a las fuentes vivas de la Palabra de Dios, los monjes pueden definirse como cristianos que se consagran a la divina Palabra con exclusión de todo lo demás, sirviéndose de las mejores facultades de su ser para profundizar

su sentido espiritual, que nutre y divi- niza el alma»⁴.

Una exégesis viva de la Escritura

Partiendo de esta premisa funda- mental que establece el profundo vín- culo entre la Escritura y la vida religio- sa, contemplamos ahora más de cerca la modalidad de lectura que llevan a cabo los primeros monjes. La Biblia impregna por entero la vida de los anacoretas y los cenobitas. Ellos practi- can una lectura de carácter eminentemente espiritual, orante, de sus pá- ginas. Los monjes pronuncian en voz alta los pasajes sagrados, los graban en la memoria mediante la repetición continuada de sus líneas, se esfuer- zan en penetrar con la inteligencia y la oración en su sentido, y se proponen practicarlos con toda la fuerza de su voluntad. Se trata de una *lectio divina* entendida como lectura de la Biblia, personal o comunitaria, acogida como Palabra de Dios y que se desarrolla bajo la inspiración del Espíritu Santo en meditación y oración. Es una «lec- tura en el Espíritu». Con ello estaban cumpliendo lo que, siglos más tarde, el concilio Vaticano II afirma sobre la correcta lectura e interpretación de la Biblia: que debe ser leída «con el mis- mo Espíritu con que se escribió» (*Dei Verbum* n. 12).

Considerado como padre y modelo de la vida anacorética en los albores de su existencia, la relación entabla- da por san Antonio con la Escritura es para nosotros paradigmática. Bajo la moción del Espíritu, Antonio llegará a ser una *exégesis viva* del texto inspi- rado. Escuchando en la celebración eucarística la proclamación del pasaje evangélico que narra la llamada al rico (Mc 10,17-31), Antonio vive una fuerte experiencia espiritual. Siente en su in- terior que Jesús le dirige a él personal- mente la invitación formulada al joven

hebreo: “Jesús se lo quedó mirando, lo amó y le dijo: ‘Una cosa te falta: anda, vende lo que tienes, dáselo a los pobres, así tendrás un tesoro en el cielo, y luego ven y sígueme’”. En aquel instante, el texto inspirado del evangelio se transforma en “texto inspirador”. Las palabras de Jesús cobran en Antonio su fuerza primigenia. Su exhortación atraviesa como una flecha el corazón de aquel joven egipcio de 20 años, inquieto desde hacía tiempo por la figura de los apóstoles y su adhesión radical a Cristo. A partir de este momento, su fe cristiana da un paso cualitativo. Y su vida de fe se transforma profundamente.

Antonio acoge la exhortación de Jesús sin reservas. Decide abandonar progresivamente todas sus posesiones y sus lazos familiares, e incluso se aleja del marco de la comunidad creyente para abrazar una existencia absolutamente solitaria, dedicándose exclusivamente a la búsqueda de Dios. Con tal decisión asume un estilo de vida que, sin romper la comunión eclesial, resulta sin embargo insólito y desconcertante por su carácter tan drástico como exigente. Pero precisamente por esta misma razón, provocador e interpelante. El desarrollo que su peculiar seguimiento de Cristo va teniendo en el desierto evoca en el seno de la Iglesia la llamada a la radicalidad del Evangelio de los primeros tiempos. Uno de los frutos de su sacrificio es un amor intenso a Dios y a los hermanos. Su soledad alumbra, con el paso del tiempo, un fuerte sentido de unidad en medio de una cristianidad cada vez más amenazada por la discordia y la división. Su pobreza se torna en caudal de riqueza espiritual. Su celibato es fecundo en discípulos.

Esta experiencia transformante verificada en la vida de san Antonio, y que se origina primordialmente en

el contacto con la Escritura, es lo que Manuel Orge llama “lectura espiritual carismática”, que él mismo define así: “se trata de una lectura hecha ‘en el Espíritu’, es decir, en la que él es el protagonista que nos introduce y arrolla en el dinamismo histórico-salvífico de su inspiración, para, mediante el contacto con la letra viva por él mismo inspirada, inspira a su vez en el lector una *experiencia espiritual nueva*”⁵. En otras palabras, el Espíritu provoca que Antonio escuche la propuesta de Jesús hecha al joven rico como si se la hubiera dirigido a él mismo. Y la resonancia que esta voz tiene en su corazón abre una puerta hacia una aventura espiritual y un itinerario de fe novedoso y singular. Muchas personas escucharon la misma lectura en la asamblea, pero solo en él tuvo un impacto y un influjo diferente. Porque solo en Antonio, en ese momento concreto de su existencia, en aquella coyuntura específica de la Iglesia, el Espíritu suscita una exégesis viva del Evangelio con un carácter carismático distintivo. El singular fenómeno acontecido en la vida de san Antonio, vinculado con la lectura carismática de la Escritura, se irá repitiendo después en otros muchos individuos, en los que se encarnan paulatinamente las formas primeras de la vida consagrada. 

1 JOSÉ C. R. GARCÍA PAREDES, *Teología de la Vida religiosa*, BAC Estudios y ensayos 8, Madrid 2000, 61. El autor habla en este capítulo de «un camino de apasionada obediencia a las santas Escrituras».

2 «Temas neotestamentarios de huida del mundo en la vida de Antonio, de San Atanasio», *Yermo I* (1963) 289.

3 «La Liturgie dans le cénobitisme pachômien au quatrième siècle», *Studia Anselmiana* 57 (1968) 275.

4 «La Biblia en la espiritualidad del monacato primitivo», *Yermo II* (1964) 129.

5 «La lectura de la Biblia que ha inspirado la vida religiosa», 83-84.



CONCEPCIONISTAS MISIONERAS DE LA ENSEÑANZA

M. ROSA CHAO OCHOA, RCM

Me viene a la memoria una reflexión, sobre la esencia del comienzo, de un libro de W. Kasper sobre la fe pascual: “El comienzo no es jamás solo el primer punto de una serie de otros que siguen: el comienzo contiene lo que sigue”. Me sirvió para entender que la historia de la Congregación estaba ya en su comienzo. Como la semilla de mostaza contiene el arbusto donde anidarán los pajarillos, así también hay sorpresa y desproporción en la semilla

del carisma que el Espíritu entregó a Madre Carmen Sallés y que contenía la historia de providencia de la Congregación de Religiosas Concepcionistas Misioneras de la Enseñanza.

El asombro de la desproporción

Desde esta intuición, contemplar la realidad de un Instituto de 360 hermanas en 16 países, en cuatro continentes, 60 obras apostólicas, más de 1.700 educadores, casi 30.000 alumnos, 400 laicos concepcionistas, nos

lleva a reconocer, con admiración y gratitud, la desproporción entre la siembra y el fruto.

Carmen Sallés, un humilde instrumento de María Inmaculada

Esta historia de providencia comienza con el nacimiento de Carmen Sallés y Barangueras el 9 de abril de 1848 en Vic, Barcelona. Nace en una familia numerosa, de clase media, profundamente católica, donde recibe una sólida formación cristiana. Conoció dificultades económicas que ocasionaron el traslado a Manresa, donde asiste al Colegio de la Compañía de María, beneficiándose de una cultura no común en la mujer de esa época. Marcaron su vida y espiritualidad varios acontecimientos: la declaración del dogma de la Inmaculada Concepción en 1854 y las apariciones de la Virgen en Lourdes en 1858. Ese mismo año recibe la primera comunión y peregrina con su familia a Montserrat donde, junto a la Virgen Moreneta, siente la llamada a consagrar su vida a Jesús.

Fue prometida en matrimonio a un joven. Ella se opuso a la decisión de sus padres y luchó para seguir la llamada de Dios que sentía en su corazón. Comienza un itinerario de búsqueda de su voluntad. Ingresaba en el noviciado de las Adoratrices, que se dedicaban a la recuperación de mujeres marginales. Intuye vagamente la llamada a prevenir con la educación. Crece el deseo ardiente de ofrecer a la mujer la fe y la cultura que le permitan ocupar, con dignidad, el puesto que le corresponde en la familia, en la sociedad y en la Iglesia.

Carmen reconduce su vocación hacia la enseñanza, ingresando en las Terciarias Dominicanas fundadas por el P. Coll. Se dedica a la educación con

una visión amplia, y adquiere gran experiencia. Es una etapa fecunda no exenta de dificultades. Toma fuerza la contemplación de María Inmaculada. El Señor la acrisola pasando por una etapa difícil de purificación que la conduce el 22 de febrero de 1892 a dejar las Dominicas con tres hermanas que la acompañan.

Buscando la voluntad de Dios y confiando en Él, viaja a Madrid. Allí la espera la Providencia Divina y Carmen confirma su proyecto ante la Virgen del Buen Consejo, en la Colegiata de san Isidro. Dice a sus compañeras: “Adelante, siempre adelante, es voluntad de Dios. Vamos a Burgos. Él proveerá”. El arzobispo de Burgos, D. Manuel Gómez Salazar, concede el 7 de diciembre de 1892 la aprobación diocesana a la Congregación y autoriza el primer colegio Concepcionista.

Recibido el decreto de alabanza del papa San Pío X, en 1908, Carmen describe la Congregación como “tierra de bendición”, jardín donde Jesús habita; dentro, los niños y jóvenes que Dios nos confía, en medio está María Inmaculada. A ella levanta la mirada descubriendo la fidelidad y misericordia de Dios, reconociendo la vocación como experiencia de hacerse compañía para Jesús: unificar pensamiento, corazón y voluntad en Cristo. Las dificultades no cuentan cuando hay niños y jóvenes que educar, buscando unir mente y corazón, piedad y letras. Abrió trece “casas de María Inmaculada”. Y exhortaba a las hermanas a vivir unidas por la caridad, prolongando la maternidad de María en el mundo.

Murió en Madrid el 25 de julio de 1911, habiendo gastado su vida por Dios y los hermanos y confiando a sus religiosas el deseo de salir, ir más allá de las fronteras; deja preparadas

las fundaciones de Brasil e Italia. Fue canonizada por el papa Benedicto XVI el 21 de octubre de 2012.

Id y enseñad: Misioneras por vocación

Santa Carmen Sallés vivió y nos transmitió una experiencia espiritual que brotaba del amor de Dios Trinidad, contemplado a través de María Inmaculada. A su muerte, sigue creciendo el ardor y la conciencia misionera en las hermanas y comunidades. En 1954, año de la aprobación definitiva de las Constituciones, se añade el título de “misioneras” en el nombre de la Congregación, al tiempo que se extiende la misión “ad gentes” hacia Japón, también hacia Venezuela, Estados Unidos y Roma.

El concilio Vaticano II invita a volver hacia las fuentes, a la inspiración de la fundadora y a la escucha de los signos de los tiempos. Se afrontan cambios que purifican y enriquecen la vida de las comunidades y la misión. Una nueva expansión en los años 70 nos lleva a abrir comunidades en África y República Dominicana.

Seguimos acogiendo el soplo del Espíritu: “Id y enseñad” que nos impulsa a salir y buscar a los hermanos y acompañarlos hacia la plenitud de Cristo: Corea, Filipinas, México, India, Indonesia. El Espíritu lo hace posible llevando este tesoro en vasijas de barro.

Las religiosas salen hacia los confines geográficos y existenciales, llevando a niños y jóvenes de diversas razas y culturas una educación cristiana, evangélica, a la luz de la Inmaculada.

El carisma crea familia desde la misión compartida en los centros educativos, las familias, los antiguos alumnos. El don recibido por santa Carmen sigue creciendo en la Iglesia.

Y también en laicos concepcionistas que comparten el carisma como un don eclesial, viviendo su compromiso cristiano en la Iglesia.

En camino de fidelidad creativa

Muchos son los desafíos que a lo largo de 132 años de existencia hemos ido afrontando como Congregación adaptándonos a los signos de los tiempos. Buscar una fidelidad creativa significa vivir hoy los sentimientos de Jesús, Maestro y Buen Pastor; formar comunidades fraternas interculturales, casas de María Inmaculada, donde se experimente la creatividad del Espíritu.

El desafío ante la emergencia educativa en el mundo y en la Iglesia nos pide el compromiso de una misión compartida donde religiosas y laicos asumen juntos un proyecto, desde las claves pedagógicas que brotan del carisma recibido, que encarna el Evangelio. Sentimos la llamada a asumir los compromisos del Pacto educativo global uniendo nuestros “esfuerzos por una alianza educativa amplia para formar personas maduras, capaces de superar fragmentaciones y contraposiciones y reconstruir el tejido de las relaciones por una humanidad más fraterna” (papa Francisco).

Con gratitud deseamos caminar juntos en sinodalidad, sabiendo que somos portadoras de la certeza de aquel comienzo en que anta Carmen Sallés pronunció con la luz y la confianza que recibía de la Virgen Inmaculada: “Adelante, siempre adelante, Dios proveerá”. 



El desafío de la inteligencia artificial

En los últimos meses nos hemos encontrado con una nueva revolución tecnológica a la que la Iglesia no es ajena. Reflexionamos sobre las cuestiones que nos plantean estas nuevas herramientas a la vida religiosa para el desarrollo de nuestra misión.

Juan de Dios Carretero, ss.cc

En febrero de 1996 ocurría un hecho decisivo en la historia de la humanidad: por primera vez, un campeón del mundo de ajedrez, el ruso Gari Kasparov, era derrotado por una máquina, el ordenador *Deep Blue*. Desde entonces, el ser humano no tiene dudas de que la tecnología que ha creado supera ampliamente su capacidad. Esta toma de conciencia de que habíamos creado algo superior a nosotros generó un cierto temor, que se plasmó de forma brillante en el cine de la época, con películas como *Yo Robot* (Alex Proyas, 2004), en la que se cuestionaban los límites entre el humano y la máquina.



Lo artificial no puede sustituir a lo humano. Se nos abre así una puerta para reflexionar

El desarrollo de la tecnología ha alcanzado un nuevo nivel con la llegada de la inteligencia artificial (IA), que vuelve a destapar estos miedos a lo que tiene un gran potencial pero que no estamos seguros de poder controlar. La Iglesia no es ajena a esta nueva revolución tecnológica. Precisamente sobre la IA tratan algunos de los últimos escritos de Francisco, como el mensaje para la 57 Jornada de la Paz en diciembre de 2023 (*Inteligencia artificial y paz*) o el mensaje para la 58 Jornada Mundial de las Comunicaciones sociales en enero de 2024 (*Inteligencia artificial y sabiduría del corazón para una comunicación plenamente humana*). Tampoco la vida consagrada se queda al

margen de esta preocupación. Confer España celebró el pasado marzo el II Congreso de Comunicación, al que tuve la oportunidad de asistir, y en el que nos invitaron a reflexionar sobre las cuestiones que nos plantea la IA a la comunicación en instituciones religiosas. Una de las ideas más repetidas fue que la revolución de la IA no tiene vuelta atrás, por lo que, como Iglesia, no podemos apartar la mirada de los desafíos que nos presenta. Aquí señalo algunas reflexiones que nos plantea esta novedad tecnológica.

¿Humanizar la inteligencia artificial?

Los que no procedemos del mundo de la ingeniería o de la informática posiblemente no logremos hacernos una idea clara de qué es y cómo funciona la IA. Nos puede parecer que se trata de una herramienta que amenaza con sustituir al ser humano, porque puede realizar lo mismo que nosotros de un modo mucho más eficiente. En este sentido, la palabra “inteligencia” puede resultar engañosa, porque incorpora a la máquina una característica plenamente humana. Y esto no es así, lo artificial no puede sustituir a lo humano. Una prueba son las imágenes que circulan por las redes, elaboradas por programas informáticos. Una IA puede realizar imágenes impresionantes, incluso bellas, pero resulta evidente que muestran la carencia de “algo” humano que no son capaces de transmitir. Son imágenes ejecutadas a la perfección, pero que no alcanzan la calidez de quien experimenta lo que está representando.

El desarrollo de la IA nos abre así una puerta para profundizar en la reflexión sobre la naturaleza humana, nos impulsa a preguntarnos sobre

aquello que constituye esencialmente al hombre y a la mujer, aquello que nunca se podrá alcanzar de modo artificial. De este modo, aspectos como la capacidad de compasión, la necesidad del otro o la presencia física aparecen como elementos que, precisamente porque la tecnología no puede suplirlos, cobran especial importancia a la hora de acercarnos al misterio del ser humano.

Oportunidad y peligro

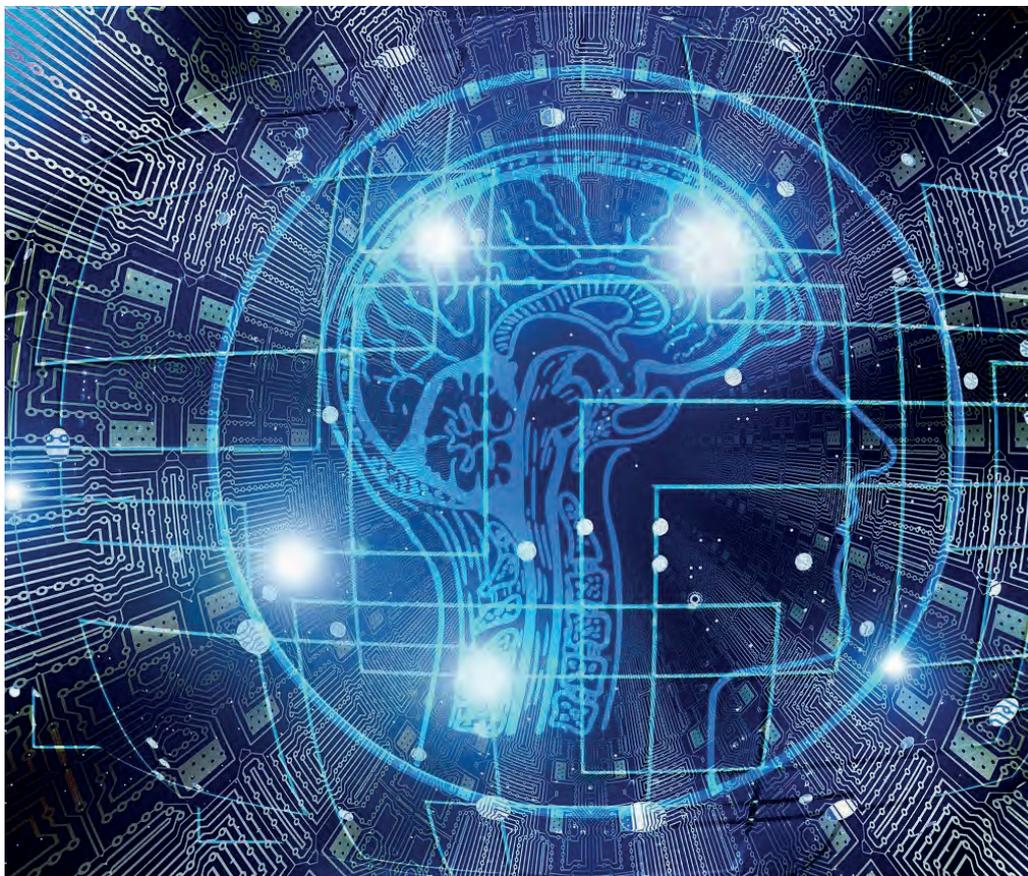
Así se titula uno de los apartados del mensaje de Francisco para la 58 Jornada de las Comunicaciones sociales. “Según la orientación del corazón, todo lo que está en manos del hombre se convierte en una oportunidad o en un peligro”, dice

literalmente el Papa. Todo lo que puede ser elemento de comunión, también puede ser instrumento de agresión. Nos invita así a discernir entre los efectos que puede causar esta nueva revolución tecnológica,

”

Tenemos la responsabilidad de denunciar todo mal ejercido a través de las nuevas tecnologías

pero no pierde el tiempo en negarla o rechazarla, porque como hemos dicho, esta revolución es ya impar-



ble. Resulta interesante esta lectura, porque nos sitúa como Iglesia ante la responsabilidad de denunciar todo mal ejercido a través de las nuevas tecnologías, pero también nos pide aprovechar lo bueno que este desarrollo pueda traer consigo.

”

La evangelización en el continente digital sigue siendo un desafío grande para la vida religiosa

Herramienta de evangelización

La evangelización en el continente digital sigue siendo un desafío grande para la vida religiosa. Parece que vamos siendo conscientes de la importancia de hacernos presentes digitalmente, allí donde los jóvenes (y no tan jóvenes) pasan la mayoría de sus horas, si queremos acercarnos y dialogar con ellos. El mundo de hoy cambia muy deprisa, y aún más el mundo digital, y corremos el riesgo de distanciarnos demasiado si nos desentendemos por completo de lo que allí ocurre. En este sentido, algunos consagrados ya se han remangado para adentrarse con pasión en el mundo digital. En el citado congreso nos presentaron a Sergio Codera (*Sercode* en las redes), sacerdote salesiano que se define como misionero digital, quien nos mostró algunas herramientas para incorporar la IA a nuestra actividad evangelizadora (elaboración de imágenes, vídeos o incluso canciones). Pese a su ambivalencia, la IA puede ser una ayuda para transmitir el Evangelio.

«Id al mundo entero y proclamad el Evangelio»

La nueva revolución de la IA sin duda puede generar con el tiempo un gran cambio en nuestro estilo de vida. Sin embargo, no altera nuestra misión como consagrados, recogida en esa frase final del evangelio de Mateo. De estas palabras de Jesús resucitado surge la necesidad de conocer y adentrarnos en nuestro mundo, de cuidar esa actitud en salida, de encontrarnos con aquellos que desconocen a Cristo y utilizar todo lo que esté en nuestra mano para comunicar el Evangelio. Por eso, ante esta revolución, como ante cualquiera, debemos preguntarnos qué nos puede ayudar a ser testimonio de ese mensaje.

Quizás nos surja el miedo ante lo desconocido, pero no deberíamos quedarnos al margen. Francisco nos ha invitado a este riesgo en multitud de ocasiones: “Prefiero una Iglesia accidentada por salir, por anunciar el Evangelio, que una Iglesia enferma por estar encerrada”. 



Al encuentro del Cristo oculto

Paulson Veliyanoor, CMF

DIRECTOR, INSTITUTO DE VIDA CONSAGRADA - SANYASA (INDIA)

El papa Francisco no deja de recordarnos que la Iglesia es misionera por naturaleza. Es más fácil practicar la evangelización en un país o continente católico. Sin embargo, ¿cómo hacerlo en un continente donde el cristianismo no solo es una de las muchas religiones, sino que es minoritaria?

Una idea del arzobispo Fulton J. Sheen puede ayudarnos. Se dio cuenta de que la evangelización no consistía en llevar a Cristo a las nuevas culturas y pueblos, sino más bien en ayudarles a descubrir al Cristo que ya está dentro de ellos.

Esto es precisamente lo que escribiría Raymond Panikkar en *El Cristo desconocido del hinduismo*: “Un cristiano se enfrenta a una alternativa: o lleva su concepción de Cristo a otros pueblos y religiones, o tendrá que reconocer la dimensión desconocida de Cristo, esforzándose por una ‘fecundación’ mutua, que es un acto de amor”.

La primera opción suele llevar al fracaso, como queda bellamente reflejado en la novela *Silencio*, de Shusaku Endo, y en la película británica *Narciso negro* (Black Narcissus).

Si Cristo es la esencia de la evolución (según Teilhard de Chardin), y Él es “el deseo de las naciones” (según Ageo 2,7), Él existe en ellas sin ser descubierto, pero anhelado por

los pueblos. ¡Cuán bellamente ha sido captado este deseo en el *mantra Pavamāna*, de *Bhadārayaka Upaniṣad* (1.3.28.), escritura india de los siglos IX-VI a.C., un antiguo canto de los monjes hindúes! Aquí está el mantra transliterado, con la traducción:

- *asato mā sadgamaya* (de la falsedad condúceme a la verdad)
- *tamaso mā jyotirgamaya* (de las tinieblas llévame a la luz)
- *mtyormā'mta gamaya* (de la muerte condúceme a la vida eterna)

¿Quién ha respondido a este deseo más profundo, como la verdad, la luz y la vida? ¡Solo Cristo! (cf. Jn 8,12; 14,6).

Darnos cuenta de esto puede evitar mentalidades coloniales hacia los destinatarios de nuestra evangelización y aumentar una humildad epistémica para aprender también de ellos.

En el proceso, puede que también seamos curados de nuestras ideas idolátricas y preconceptos sobre Dios. ¡Qué emocionante sería un compromiso misionero así! **VR**

LECTURA RECOMENDADA



El padre Heriberto García Arias es un joven sacerdote mexicano con más de dos millones de seguidores en TikTok, Instagram, YouTube y Facebook. En este libro-entrevista con el claretiano Gonzalo Fernández Sanz nos cuenta sus inicios en las redes, sus miedos y dudas, sus perspectivas de futuro (en diálogo obediente con su obispo) y sus deseos.

En los vídeos que sube a la nube, su objetivo es acercar a los jóvenes el amor y la misericordia de Dios: “Entre los adolescentes hay mucha depresión, mucho desánimo. Muchos han vivido un poco de todo. (...) En esos momentos necesitan saber que están aquí para algo, que Dios los creó con un fin, que son importantes para Él”.

Frente a la escasez de vocaciones, nos señala que, lo que más se echa de menos es la voluntad de comprometerse: “Recuerdo el ejemplo de un muchacho que parecía muy convencido de seguir a Jesús. Le aconsejé que fuera a un pre-seminario. (...) Pero lo que me respondió fue muy distinto: ‘No voy porque sé que, si Dios me llama, no le puedo fallar, le tengo que decir que sí’”.

Más que *influencer*, el padre Heriberto se define, sobre todo, como misionero digital: “En la pandemia de 2020, las redes sociales eran una de las pocas

Hablando con Heriberto García Arias

Gonzalo Fernández Sanz

144 PÁGS.

PCL, Madrid, 2024

formas de comunicar el Evangelio, sobre todo a los jóvenes. (...) Estamos llamados a llevar el mensaje hasta los confines de la tierra. Como Iglesia, tenemos el compromiso de llevar el Evangelio a todos porque no nos podemos traicionar”.

El joven sacerdote se considera un primer contacto con la Iglesia y aconseja a sus seguidores acercarse a una parroquia: “Las redes sociales, como primer anuncio, motivan y preparan para la evangelización, pero no evangelizan en cuanto tal. Cuando vas a la parroquia, cuando hablas con un sacerdote, eso es lo que realmente llena el corazón, no un mero contenido virtual”.

Y todo desde una profunda humildad y un amor sin límites al Señor, que le ha enviado, y a la Iglesia, de la que es altavoz: “No se trata de que yo crezca y me haga famoso, sino de hacer crecer a la Iglesia y llevar el mensaje de Cristo”.

En la lectura es fácil sentir que el Espíritu Santo va guiando su camino: “Lo más importante, lo que me hace más feliz, es dejarme guiar por la voluntad de Dios. (...) ‘Señor, ¿esto me estás pidiendo hoy? Aquí estoy’”.

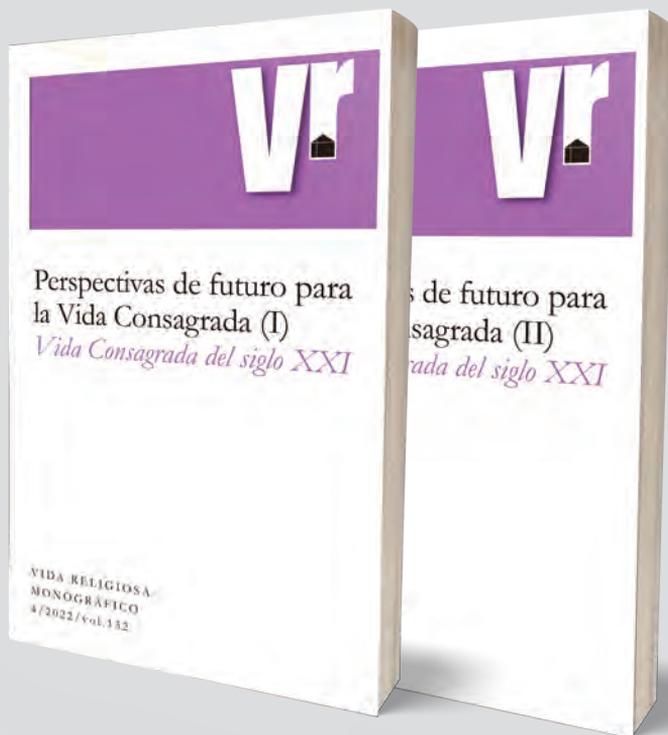
Es, sin duda, un testimonio de fe refrescante y esperanzador, especialmente estimulante para quienes trabajan en el mundo digital. Una lectura sencilla y profunda en la que caben sorpresas, como los problemas para hacer vídeos que hablen de la Virgen María por los bloqueos de algunos protestantes extremistas.

Ruth Guerrero Muñoz

Perspectivas de futuro para la Vida Consagrada

Vida Consagrada del siglo XXI

Card. Aquilino Bocos Merino, cmf



Cabe aplicar la famosa expresión
de **Teilhard de Chardin** y decir:
«La Vida Consagrada **del mañana** pertenecerá
a aquellos que sean capaces **de ofrecer**
mayores **razones** para vivir y
mejores motivos **para esperar**».



Al **servicio** de *la Vida Consagrada*



INSTITUTO TEOLÓGICO DE VIDA RELIGIOSA

- Doctorado y Licenciatura en Teología de la Vida Consagrada
- Diplomado en Teología de la Vida Consagrada
- Experto en Teología de la Vida Consagrada (online)
- Semana Nacional de Vida Consagrada



ESCUELA REGINA APOSTOLORUM

- Aula de Noviciado
- Aula de la Vida Consagrada
- Formación continuada

 Juan Álvarez Mendizábal, 65 dupdo.
28008 | Madrid

Visítanos y contacta con nosotros



626 278 077

915 401 273



itvrmadrid



itvr



itvr.org



secretaria@itvr.org



626 278 077